

LA CUPOLA DI SAN PIETRO

“resumen-pensamiento”

Lo escribí en Roma hace
unos 15 años
Jordi

Jordi Cervelló

Definitiva

Finales de octubre. Estoy inmerso en la composición de una obra sinfónica basada en la temática de la violencia. Todavía no sé el título definitivo, pero de forma improvisada lo he llamado "Poema dramático para orquesta". Años atrás también sentí la necesidad de escribir obras de carácter dramático sobre hechos violentos. Esta nueva incursión, por tanto, no es nueva para mí. Con este poema intento sensibilizar al oyente sobre el eterno problema de la violencia, que hoy día parece haberse agudizado.

Al margen de esto también siento la necesidad de escribir sobre la violencia. No tengo suficiente con la obra compositiva. Y no tengo suficiente porque quisiera expresar algunos hechos o pensamientos que sólo se pueden expresar mediante la letra escrita. La música es un juego de sensaciones auditivas. Es la magia. La letra escrita es la que precisa. Es la que mejor puede concretar un tema tan complejo y delicado como este.

A lo largo de mi vida he escrito en diversas ocasiones. Casi siempre escritos breves que me servían para desahogarme o para situarme. Los he roto casi todos. Eran escritos hechos a toda prisa. Este será diferente. Lo haré lentamente. No tengo ninguna técnica de ensayo hecha y, por eso, su redacción será simple y concreta. Como si hablase, y lejos de preocuparme por su valor literario. Lo que expresaré en este escrito será sobre la violencia en general, y también sobre temas puntuales respecto a los que ya me he manifestado verbalmente a lo largo de mi vida. Amigos, familiares y otras gentes han escuchado de mi boca muchas de las cosas que diré aquí. No será nuevo para ellos, y nada les causará extrañeza. Pero verán que el tema aquí lo trato con más profundidad si lo comparamos con aquellas opiniones que había expresado verbalmente. El escrito será en forma de denuncia sobre hechos que me perturban y que giran, básicamente, en torno al respeto a la vida y a la naturaleza.

Siento, pues, la necesidad de recurrir a la calma de la escritura. Son temas demasiado delicados para que queden flotando en el aire. Las palabras, a parte de que se las lleva el viento, tienen una fuerza relativa. Obedecen sólo a un instante y, a menudo, corren el riesgo de no quedar del todo bien integradas.

Además, he descubierto que me gusta coger el rotulador y escribir despacio aquello que voy pensando.

Para realizar esta especie de "resumen-pensamiento", necesitaba un lugar adecuado. Un lugar diferente a los espacios habituales donde compongo y trabajo. La luz se encendió cuando Caterina y yo nos decidimos a hacer un viaje a Roma. Uno de esos viajes que hacemos de vez en cuando. Esta vez nuestra residencia sería el apartamento de su tía Liana Cortini, un séptimo piso muy cercano al Vaticano.

Supe de inmediato que se trataba del lugar y la ocasión ideales para llevar a cabo mis propósitos. Sabía que en ese séptimo piso podría disfrutar de una panorámica espectacular. Pero, sobre todo, tendría muy cerca la Cúpula de San Pedro, que se encuentra a poco más de 500 metros, esa maravillosa construcción que diseñó y proyectó Michelangelo. Antes de llegar a Roma me entusiasmaba la idea de poder contemplar, día y noche, este monumento por el que siempre he sentido una especial atracción. La cúpula se iba convirtiendo en mi apoyo. Apoyo que necesitaba, ya que el escrito iba a ser complejo y duro. Tenía que escribir sobre la cara más negra de esta vida. La que no quisiera que existiese. La que más hace sufrir. Atrapo la cúpula y empiezo.

Estoy situado en el salón del apartamento de Liana Cortini. Escribo con la mirada fija en dos puntos: el papel y la cúpula de San Pedro. Es 1 de noviembre. Roma está preciosa. Me gusta el color de su piedra. Tanta historia, tanta armonía. También el piso donde me encuentro está lleno de historia. Retratos familiares, viejos gravados, objetos artísticos de calidad, una biblioteca que ocupa casi todo el apartamento con todo tipo de libros, muchos de arte, ediciones enteras de los grandes escritores y muchos de música, en especial de Mozart y Verdi, que se cuentan por docenas. No podía faltar el piano, en este caso de media cola, situado en un ángulo del salón, tapado con una funda de color verde. Afortunadamente, está afinado. Era el instrumento que Liana Cortini, Lianetta, utilizaba para practicar con su voz. En una estantería de una de las librerías hay un álbum de fotos, recortes de periódicos y todo tipo de material relacionado con su carrera de cantante que,

desgraciadamente se truncó como consecuencia de un accidente sufrido en la Scala de Milán, en una interpretación de *Don Giovanni* de Mozart. Caterina está cerca de mí, discreta como siempre, y leyendo tranquila en algún lugar del salón. De vez en cuando, pido su opinión sobre lo que escribo. Ayer fue su cumpleaños y fuimos al Vittoriano a ver la exposición de Degas. Bonita de verdad. Este pintor sentía, como es sabido, atracción por las bailarinas que en tantas de sus obras inmortalizó. En la exposición se encuentran los mejores ejemplos que realizó en el Foyer de la Danse, algunos de ellos bajo la atenta mirada del profesor de baile.

Sigo con el escrito. ¿Por qué la violencia?. Posiblemente porque es lo que más me afecta en este momento y no soy un caso aislado. Observo que mucha, muchísima gente, se encuentra hoy sensibilizada con este tema. No hay para menos. Antes de describir mis preocupaciones sobre la violencia, debería hacer unas reflexiones de orden musical, elementales si se quiere, pero que encuentro necesarias por las características del escrito.

Como compositor, sé que un tono suave indica reposo y que uno fuerte indica tensión. Desde siempre, la música se ha escrito con esta alternancia a la que se debe añadir la velocidad. La mayor o menor rapidez nos la da el ritmo. Éste, dentro de un orden y proporción en el tiempo. En toda partitura hay momentos de reposo y momentos de tensión. Eso significa que los compositores estamos siempre inmersos en esta especie de vaivén. No es nada más que el reflejo de nosotros mismos. En un momento dado estamos tranquilos, en otro, estamos excitados. La estructura de un concierto, barroco o romántico, está constituida por tres movimientos. Dos rápidos encuadrándose en uno lento. Los de una sonata o una sinfonía también alternan sus habituales cuatro movimientos con metrónomos contrastados. En líneas generales, los rápidos conllevan tensión y los lentos, calma. Con el paso de los años, esta forma se ha ido ampliando. Los rápidos, cada vez con más tensión. Los lentos, aunque reposados, más expresivos. Las *cuatro estaciones* de Vivaldi son un buen ejemplo del barroco. Este concepto se percibe en los cuatro movimientos de la famosa serie. En la "Pastoral" de Beethoven y con la orquesta sinfónica establecida se crea un ámbito muy amplio entre las expresivas y sutiles frases de los instrumentos de

viento y los fuertísimos de la tormenta con toda la orquesta conmocionada. Los Wagner, Bruckner y Mahler llegan al máximo de decibelios dentro de un sinfonismo profundo y exasperado. Más tarde, Stravinsky, con *La consagración de la primavera*, abre el lado más agresivo mediante una percusión insólita y unos instrumentos de viento descarnados y contundentes.

He dicho todo esto porque cualquier hecho violento se puede expresar musicalmente, sobre todo a través de la orquesta sinfónica, que es la formación instrumental con más capacidad para lograrlo. Todos los compositores utilizan la violencia en determinados momentos, deben poder sacar de su interior aquello que les atormenta. Incluso la imagen más perversa se puede escribir con notación musical, o representar con la adecuada instrumentación.

En estos momentos, a más de 50 años de la Segunda guerra mundial, nos encontramos con el hecho de que la violencia entre los hombres ha vuelto a adquirir grandes proporciones. No se trata de una guerra mundial, pero es la multiplicación de diversos focos enfermizos que parecen no tener fin. Vivimos a diario sorpresas capaces de congelarnos la sangre. Las bombas, misiles, tanques, aviones y todo tipo de armamento se utilizan en todas partes y a toda hora. Se ensucia y altera la naturaleza. Cada día que pasa se hiere todavía más. Los muertos, en una espiral siempre en aumento, se cuentan por centenas en cada informativo. Familias sin techo y viviendo en condiciones inhumanas. Amenazas, discordia, incomprensión, falta de diálogo. De los países que se sienten más agraviados surgen Kamikazes que dan la vida por su pueblo en señal de protesta. Para ellos, verdaderos héroes. Las televisiones nos lo cuentan ofreciendo todo tipo de imágenes, cada cual más desgarradora que la anterior. Recientemente se ha visto cómo degollaban a unos prisioneros filmados en directo para provocar y horrorizar. Me pregunto hasta qué punto era necesario y oportuno mostrar aquellas horribles escenas a los espectadores. Lo dejo en interrogante. Pero no puedo dejar de criticar la profusión de imágenes bélicas que, a diario, retransmite la televisión. Porque lo que está sucediendo no es un espectáculo, sino una guerra. Esta situación la vivimos cada día, diría que como algo natural, algo instaurado en nuestra vida cotidiana. La maldad ha llegado demasiado lejos. Nos hemos habituado

también al hecho de que máximos dirigentes políticos y gubernamentales utilicen la mentira de forma reiterada engañando a los ciudadanos.

De igual manera que sabemos que un país como España ha sido -¿todavía es? – proveedor de armas en países donde se practica el genocidio y que también fabricantes y distribuidores de los EEUU, Alemania e Italia hacen un negocio redondo con las minas terrestres. A día de hoy, hay millones esparcidas e intactas por todo el mundo. Pesan poco más de un Kg. y están pintadas de colores brillantes que, a ojos de los niños, resultan atractivas como un juguete y, a menudo, se convierten en trampas mortales. La terrible maldad hace que cada veinte minutos fallezca una persona por culpa de una mina.

El genocidio de los tutsi a manos de los hutus que tuvo lugar en Rwanda en los años 90 fue uno de los episodios más terribles de la historia de la humanidad. ¿Qué hizo la ONU para evitar las matanzas?. Nada. El Consejo de Seguridad se adhirió a la iniciativa Norteamericana de no utilizar la palabra genocidio. Pero, lejos de intervenir con fuerzas militares para impedir la masacre, se limitó a enviar ayuda humanitaria. El episodio de Rwanda ha sido una de las grandes tragedias que ha sufrido África, un continente explotado una y otra vez sin miramientos ya desde el siglo XIX, y en especial durante todo el siglo XX. Actualmente la pobreza se acentúa, la malaria y el Sida han provocado que la esperanza de vida se reduzca, mientras las autoridades sanitarias devoran el dinero del erario público disminuyendo la capacidad de invertir en otras instituciones. Por si fuera poco, también es víctima del proteccionismo agrícola de europeos, norteamericanos y japoneses, que impiden el acceso de productos africanos a mercados internacionales. Esta situación nos daña a todos. Es mortificante lo que estamos viendo. La imagino como un gusano que, despacio, va mordiendo nuestro cerebro hasta someterlo a una situación de temor constante.

Debo reflexionar. Me voy un rato a la Plaza de San Pedro, donde tengo una cita diaria. Adiós... Vuelvo de la plaza, por cierto, muy animada. Una banda de músicos tiroleses estaba preparando un concierto. He bebido agua fresca de una de las fuentes que hay por el camino y, de paso, he comprado un delicioso

queso de oveja debajo de casa. La luz entra en el salón sin timidez alguna. Sigo con el escrito.

No me gusta lo que me rodea. Me refiero a esta situación de violencia e injusticia sin fin. Todo ella me ha alterado y me ha hecho más sensible. Evidentemente, si uno quiere puede aislarse y vivir prescindiendo de tanta desgracia, o bien procurando que este cúmulo de emociones negativas le afecten lo menos posible. A veces, debo hacerlo. Otras, no puedo. Este tipo de violencia que he expresado es la eterna violencia entre pueblos. Hace algunos años parecía que se había encontrado un camino abierto hacia la esperanza. Pero ahora, después de los recientes episodios, este camino ha quedado cerrado a cal y canto. Naciones Unidas, a la que también le queda bien el nombre de Naciones Desunidas, debió mostrar su peso dentro de la sociedad mundial. Ha quedado sin voz y las grandes potencias no han hecho el menor caso a sus recomendaciones, ni a su manera de ver la problemática en Oriente Próximo. La barbaridad cometida a Nueva York merecía una profunda reflexión. Se obró precipitadamente, sin la tranquilidad necesaria para valorar aquel trágico episodio. Atacar un país es la cosa más grave que se puede hacer. Debería ser el último recurso y, los motivos para atacarlo, probados y sobrados. Atacar por propio instinto, de manera tan radical como se hizo, y prescindiendo de la opinión del mismo pueblo, de otras potencias y de un organismo como la ONU, indica haber perdido los papeles.

La administración norteamericana recurrió a dos pretextos con el fin de justificar la invasión de Irak. El pobre pueblo Iraquí, que bastante castigo tenía con su dirigente, recibe la terrible escalada bélica que destroza todo el país y deja a la población sumida en el caos. Después resulta que las sospechas eran sin fundamento. Encuentro monstruoso que haya pasado todo esto. No me cabe en la cabeza. Y, además, que los dos máximos dirigentes responsables de la invasión sigan gobernando. ¿Cómo es posible, si las razones de la invasión no eran ciertas?. La equivocación ha sido demasiado grande, y todo hace pensar que no ha habido ningún tipo de equivocación, ya que ellos sabían perfectamente que no había armas de destrucción masiva y que el gobierno de Sadam Hussein no tuvo nada que ver con la destrucción de las Torres

Gemelas. Lo que en realidad buscaban era consolidar el control económico y militar de la zona y explotar las tres grandes regiones petrolíferas de acuerdo con sus intereses particulares.

No hace falta recordar que la participación de España en la guerra de Irak fue, más que desafortunada, una grave irresponsabilidad, y que evidenció un profundo desprecio hacia el pueblo español. Como consecuencia, los atentados del 11 de marzo en Madrid, que el mismo gobierno intentó manipular con toda su mala fe señalando la autoría a ETA cuando ninguna pista apuntaba en aquella dirección. La guerra de Irak ha provocado, y todavía provoca, un verdadero infierno. A los destrozos hay que añadir la basura y contaminación debidas a la inmensa cantidad de bombas lanzadas en esas tierras. La carencia de agua potable y electricidad han provocado también enfermedades de la piel, respiratorias, del aparato digestivo y que, junto con otras secuelas, se transmitirán de generación en generación. El daño psicológico causado es también irreparable. Todos aquellos que han vivido esta invasión, que todavía continúa, la sufrirán para siempre, y de forma especial los pobres prisioneros iraquíes que fueron objeto de vejaciones, humillaciones y torturas por parte de las fuerzas liberadoras. Qué frustración después de que el presidente Bush se viera obligado a definir estos hechos como "prácticas odiosas", pero fue incapaz de pedir perdón cuando esto, justamente sucedía por órdenes de su administración. Y que en la campaña electoral posterior ningún candidato se refiriese a las técnicas de tortura autorizadas y desarrolladas por la CIA. Técnicas más o menos parecidas a las que se aplican en Guantánamo, donde se permiten violaciones sistemáticas a presos supuestamente terroristas detenidos sin cargos de forma indefinida y sin poder contar con abogados para su defensa. Uno de los principales inventores de esta gran vergüenza lleva el apellido Rumsfeld, y sigue tan tranquilo eludiendo cualquier responsabilidad. Mientras tanto, Guantánamo sigue existiendo.

El saqueo y la destrucción de piezas históricas en el museo de Bagdad y la expoliación de numerosos libros de la biblioteca, muchos de ellos acabando en el fondo del agua o víctimas del fuego, son una muestra más de la barbarie cometida. Las fuerzas invasoras, es decir, las de los Estados Unidos y Gran

Bretaña, junto con las de nuestra España y otros países, no fueron capaces de proteger, como era su obligación, ni a la población ni al patrimonio cultural. Eso sí, se preocuparon de proteger el Ministerio del Petróleo. Ladrones, saqueadores e incendiarios iniciaron el día 10 de abril lo que habría de ser el crimen más grande cometido contra esta cultura milenaria que ha quedado prácticamente deshecha y con escasas posibilidades de ser reconstruida. Es como si se hubiese querido borrar la memoria histórica de un pueblo en una tierra que ha sido determinante para el origen de la civilización urbana.

Del Museo Arqueológico de Bagdad desaparecieron obras de un valor incalculable, junto con las tablillas de arcilla donde se habían gravado las primeras muestras de escritura de la humanidad. La Biblioteca Nacional y el Archivo Nacional fueron expoliados y destrozados mediante un incendio premeditado.; había dos millones de documentos del período otomano. Barbaridades parecidas se produjeron en la Biblioteca Al-Awqaf, en la Casa de la Sabiduría, en la Academia de las Ciencias y en la Universidad de Bagdad, víctima de bombardeos, robos e incendios. También en Basora fue expoliado el Museo de Historia Natural, y en Mosul, la biblioteca del museo, donde expertos en manuscritos se llevaron aquello que quisieron. Un valioso libro del escritor venezolano Fernando Báez, "La destrucción cultural de Irak, con prólogo de Noam Chomsky, explica con todo detalle y justificada incredulidad el expolio y la devastación sufridos por este patrimonio cultural. A día de hoy, ¿qué hace la UNESCO sobre este tema? ¿Cómo actúa la «Convención sobre la protección de bienes culturales en caso de conflictos armados»? Todo apunta a que pasará lo mismo que en Bosnia, donde también se destruyeron miles de documentos y obras de arte sin que se responsabilizase a nadie, ni siquiera fuese sancionado. Sin duda, un paso atrás en todo aquello que hace referencia a la paz en este mundo.

Una gran grieta ha quedado abierta de nuevo., tan abierta que no habrá forma de cerrarla. La escalada de odio está servida. El uso de la fuerza ha roto la política de pactos. Una guerra que jamás se hubiese tenido que llevar a cabo y por la cual sus principales instigadores deberían responder delante de un tribunal penal internacional. Los señores Bush y Blair se burlaron de Naciones

Unidas no considerando el dictamen de sus inspectores. Además, ellos mismos aportaron pruebas sobre la existencia de armas de destrucción masiva que después resultaron ser falsas. La burla a la ONU debería considerarse una burla al mundo entero, puesto que la ONU es un organismo mundial que debería velar por nuestra paz y nuestra seguridad, aunque en los últimos tiempos se distinga por su falta de operatividad. Esta barbaridad sirve para echar más leña al fuego del terrorismo, que de esta manera puede seguir más vivo que nunca. Se ha optado por la guerra cuando la situación requería un análisis a fondo de esta cuestión. Y lo que se ha conseguido es el efecto contrario, convirtiendo Irak en el grito de guerra de los fundamentalistas islámicos que atrae adeptos de todo el mundo. En el libro El estado del mundo 2005, del centro de estudios norteamericano Worldwatch Institute, diversos expertos dan la señal de alarma sobre el tema de la pobreza, las enfermedades infecciosas, la crisis alimenticia y el deterioro del medio ambiente. Consideran que este es el verdadero eje del mal y que las guerras contra el terrorismo dejan a un lado todo este drama mundial.

Son las once de una mañana de jueves. Día radiante. Una suave tramontana ha dejado Roma limpia y luminosa. Los alineamientos de la cúpula se ven tan claros que casi puedo contar a los turistas que circulan por los «logge». Dejo correr el tiempo... Vuelvo al trabajo.

Si el terrorismo existe es porque ha habido una constante e indiscriminada explotación de pueblos con necesidades básicas urgentes o que son víctimas de gobiernos corruptos, a menudo instaurados y sostenidos por las grandes potencias. Mientras tanto, la gente de esos países vive sumida en la miseria. Y es evidente que la miseria, la falta de oportunidades, la carencia de educación o la injusticia social son ingredientes que propician el avance del terrorismo.

Pese a todos hechos tan terribles, el terrorismo es inadmisibile, ya que nadie puede disponer de la vida de otros. El hecho de matar siempre es condenable. Ahora creo que, más que nunca, deberíamos recordar la figura de Mahatma Gandhi, que en el siglo XX fue, como nadie ha sido, un ejemplo de humanidad y un estratega único con el compromiso de la "no violencia". Con su pacifismo y

una voluntad infrangibles, él y sus seguidores se opusieron a un poder ilegítimo con éxito.

El escritor francés Albert Camus definió al siglo XX como el siglo del miedo y dijo que el terror no constituía un clima propicio para la reflexión. Su escrito «Ni víctimas ni verdugos», publicado en *Combat* en noviembre de 1946, no tiene desperdicio. Él ya abogaba a favor de un organismo mundial basado en el mutuo acuerdo de todas las partes, donde la ley se mantuviese por encima de gobiernos y fuese la expresión de la voluntad colectiva. Según Camus, esta voluntad debería ser respetada por un cuerpo legislativo que impidiese a los gobiernos actuar al margen de esta ley, e impidiese la imposición de cualquier tipo de régimen dictatorial internacional. Camus apuntaba también a los medios de producción internacionales de petróleo, carbón y uranio, ya que son recursos indispensables para todos, y no deben pertenecer a nadie en particular. Han pasado más de 50 años de estas palabras, el miedo subsiste y su pensamiento, muy cercano al de Gandhi, ha quedado tan solo en un deseo. La realidad sigue dura y cruda.

El mundo sufre un gran desequilibrio. Sólo una séptima parte de la población mundial, aquella que vive en regímenes de democracia parlamentaria, tiene garantizada cierta seguridad y estabilidad. Es la parte que disfruta la mayor concentración de riqueza y poder. La parte más rica es la que, aunque existan países con mayor desequilibrio, no existen leyes específicas que impidan amasar fortunas de forma indiscriminada. Los poderosos capitales privados realizan verdaderas bolas de nieve con inversiones de alta rentabilidad que se potencian entre sí. Hay fortunas inmensas conseguidas sin mover ni un dedo y sin el mínimo esfuerzo. Financieros, ejecutivos y especuladores bursátiles pueden ganar en un día o mediante una simple operación lo que un ciudadano normal gana después de todo un año de esfuerzo.

Los productos alimenticios son excesivos, se tiran a la basura. Los vertederos son imponentes. Los sobrantes de nuestros supermercados y restaurantes superan el 20%. Esto se ha convertido en algo normal. Incluso una empresa

como Mercabarna se permite el lujo de triturar y eliminar diariamente dos toneladas de fruta y verdura en perfecto estado.

El porcentaje de obesos en Europa crece de forma alarmante. No se había visto jamás un índice de obesidad tan elevado en niños. Mientras unos se hartan de comer o mal comer, una parte de la población mundial vive literalmente en la miseria. Mueren como setas, pese a que una triste sentencia dice que en este mundo hay comida suficiente para todos, pero que jamás habrá suficiente para saciar la ambición sin límites de algunos. Es la sociedad de los excedentes que sufre por la dietas mientras dos tercios de la humanidad pasa hambre. Una verdadera ofensa.

Las cifras demuestran que el 25% de los niños del tercer mundo sufren desnutrición, hasta el punto de que, a diario, mueren 30.000 niños menores de 5 años. ¿No es escalofriante?. Las estadísticas de Naciones Unidas dicen que más de 11 millones de niños mueren cada año a causa de enfermedades previsibles, que 115 millones de niños no pueden acceder a la escuela y que más de 1.000 millones de personas sobreviven en situación de extrema pobreza.

El mundo vive cerrado en su egoísmo, con unos dirigentes políticos incapaces de ayudar a esta pobre gente, y además, con una industria farmacéutica que saca buenas tajadas de esta tragedia. Se pide a esta industria farmacéutica que reduzca los precios de sus medicamentos por el hecho de ponerlos al alcance de todos, incluso de los más necesitados. Pero se argumenta que la industria no puede satisfacer esta exigencia porque necesita obtener los beneficios necesarios para financiar la investigación y el desarrollo de otros productos. El argumento no menciona el hecho de que la industria farmacéutica invierte cantidades enormes en la comercialización de sus productos. Se habla a menudo de la política de donaciones caritativas de medicamentos, pero en la mayoría de casos se trata únicamente de medicamentos inadecuados, muchas veces caducados, con lo que se ahorran los gastos de destrucción y se obtienen, al mismo tiempo, beneficios fiscales. Las multinacionales farmacéuticas están dentro de aquello que se conoce como «El Gran Farma»,

creado con un propósito declaradamente altruista, pero marcado por un lado oscuro, que se alimenta de cantidades inmensas de dinero. «El Gran Farma» domina y controla prácticamente la totalidad de medicamentos del mundo. Amenaza a los gobiernos de países pobres con sanciones comerciales con el fin de impedir que se fabriquen a bajo coste fármacos vitales, conocidos también como genéricos, que podrían aligerar la agonía de millones de seropositivos del tercer mundo. Alegan que los suyos son más seguros. Además, corrompen de forma sistemática a muchos profesionales médicos, país por país. Un caso en Portugal. Hará más o menos tres años un empleado de la firma Bayer fue apuñalado dos veces en plena calle. Motivo: haber filtrado a la prensa un listado de nombres de médicos que cobraban comisiones de la famosa empresa a cambio de recetar los nuevos medicamentos. “El Gran Farma”, influye, contrata y compra opiniones, informes de científicos que después aparecen en revistas especializadas y menos especializadas. Pero también se tiene que decir que hay laboratorios que ejercen su actividad de acuerdo a una ética comercial inobjetable. Pero, por desgracia, predomina la poca sensibilidad y el afán de obtener altos beneficios.

Otro ejemplo que merece la pena comentar es el siguiente. Hace poco, Médicos sin Fronteras denunciaron la retirada de un fármaco que curaba la grave enfermedad provocada por la mosca tsé-tsé y que provoca la muerte de miles de personas en África subsahariana tropical cada año. Lo retiraron, sencillamente, porque no era rentable. Pero no es que no fuese rentable, sino que dejaba poco margen de beneficio. Naturalmente que dejaba poco margen un producto destinado a una pobre gente que sobrevive con dificultades y a la cual, adquirir este producto, por barato que sea, representa un enorme sacrificio. En la actualidad ya no se fabrica, con lo cual las consecuencias son y serán un verdadero desastre humano. Ignoro cómo ha reaccionado la OMS. Esta conducta, tan equivocada como egoísta, ha dado pie a que se fomenten laboratorios clandestinos que obtienen ganancias considerables elaborando fármacos piratas, naturalmente sin garantía alguna, muchos de ellos anunciados y vendidos por Internet.

Pero el mal no acaba aquí. Desde hace tiempo también se han apuntado los narcotraficantes que operan en redes criminales distribuyendo falsos fármacos contra la malaria, la tuberculosis o el sida, pseudo fármacos que prometen curación cuando en realidad muchos de ellos llegan a matar o a incapacitar a quien los ingiera.

Este negocio criminal, difícil de controlar, crea enormes beneficios. Sea como fuere, la OMS, la OMC (Organización Mundial del Comercio) sólo hacen que marginar a los países más pobres. La OMC, de acuerdo con el Gran Farma y capitaneado por el gigante norte americano Pfizer, se aseguran de manera agresiva que la globalización no atente contra los intereses del gran capital. El sistema de patentes hace que los industriales fijen precios elevados, inaccesibles para el tercer mundo.

Anteriormente he mencionado el gran negocio de fabricantes de armamento que distribuyen por todo el mundo. Quisiera profundizar sobre este tema en la medida que es clave para la paz mundial. Si no se para esta aberración que sólo conlleva muerte y odio, el mundo continuará inestable y dificultará que las estrategias de consolidación de la paz que recomienda la ONU sean efectivas. Kofi Annan ha dicho que «Es imposible pensar en el desarrollo sin desarme». Medio mundo como mínimo está involucrado en este negocio de las armas, pero, sobre todo, son ocho los países que se llevan la palma: EEUU, Rusia, Francia, Reino Unido, Alemania, Países Bajos, China y Japón. Sus transacciones llegan al 85% del mercado mundial y, como es de suponer, cuatro de ellos son, paradójicamente, miembros del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Una doble moralidad.

Desde hace años, es mucha la gente y las entidades bancarias que se enriquecen sin escrúpulos con este macabro negocio que produce beneficios a corto plazo. El «comercio de la muerte» es una parte importante del negocio de muchos bancos con los fondos de inversión. Los clientes, en su mayoría, ignoran que su dinero contribuye a matar seres humanos.

Antes, la industria de armamento, estaba básicamente integrada por empresas nacionalizadas que fabricaban para satisfacer las necesidades del estado. El escándalo ha llegado desde el momento en que los gobiernos se han desvinculado de las empresas especializadas y los productores de armas se han vuelto cada vez más independientes. Hoy en día están menos vinculados a la seguridad nacional y, además, pueden competir con industrias de armamento de otros países mediante la adjudicación de contratos.

Pero si los gobiernos no están implicados de una manera directa, sí que ayudan al sector mediante subvenciones o, simplemente, inversiones en investigación y desarrollo militar. Y, sobre todo, mediante pólizas de crédito para la exportación, aunque de forma secreta. Son conocidos los grandes beneficios que estas exportaciones aportan a las arcas estatales.

Intermediarios, traficantes, funcionarios gubernamentales dispuestos a la corrupción y redes de transportistas pactan secretamente operaciones que generan comisiones exorbitantes. El secreto no reside, sin embargo, en la venta de armas. El secreto reside, precisamente, en la identidad de los que participan en ella.

También es sabida la existencia de ferias y exposiciones que han dejado de ser poco menos que clandestinas, dedicadas al armamento para satisfacer las demandas de países implicados en guerras o conflictos. Estas "ferias de la muerte", donde se exponen las armas más novedosas y mortíferas son también los puntos de encuentro donde se establecen los acuerdos entre traficantes y empresas. Las armas van a parar a quien las paga, sea quien sea, y haga lo que haga.

Es sabido que las leyes internacionales prohíben la tortura. Pues bien, además de armas, también se suministran instrumentos de tortura. Cinturones paralizantes, sillas de inmovilización, argollas y grilletes para sujetar los pies son una parte. La otra, más sofisticada, contiene instrumentos eléctricos. Estos son los predilectos de los torturadores, que cubren la cabeza o los ojos de la víctima produciendo una descarga eléctrica en las partes más sensibles del

cuerpo. Se trata de instrumentos muy eficaces porque provocan el máximo dolor sin dejar ninguna marca imborrable. He visto que entre los principales productores de estos aparatos figuran Alemania, China, Israel y Francia. Bravo para todos.

Muchos intereses cruzados, demasiado dinero fácil, demasiada gente involucrada en esta aberración. Es una rueda mal habituada y consentida que difícilmente dejará de rodar. Es vergonzoso que países como Alemania, Francia o Reino Unido practiquen un doble juego y permitan que el gran negocio persista con la estrecha colaboración de entidades bancarias que, gustosamente, se apuntan. Mientras esta barbarie no se pare, mientras estos países que son los primeros que deberían dar ejemplo no dejen de alimentar focos bélicos en zonas de conflicto más o menos permanente, no se puede hablar de paz y desarrollo. Y, además, la obsesión de querer eliminar el terrorismo cuando los que lo practican utilizan, a menudo, armas fabricadas y distribuidas por ellos mismos.

Los buenos propósitos que parecían tener los principales líderes de países desarrollados para este 2005 para dejar atrás el estado de pobreza, tanto en África como en zonas de Asia o América Latina, quedarán sólo en un juego de buenas intenciones –si es que las hay -. Menos reuniones inútiles y más afrontar el problema de raíz. Es lógico que tanto las ONG como los diferentes movimientos sociales de todo el mundo estén hartos de tanta hipocresía y quieran, de una vez por todas, que como mínimo, se cumplan los acuerdos que se toman, que se condone la totalidad de la deuda externa de los países más pobres y que se modifiquen las normas de comercio internacional. La urgencia se impone y la presión que puedan ejercer los ciudadanos mediante movilizaciones masivas será del todo indispensable.

Para finalizar esta primera parte, me gustaría referirme a una relación epistolar que en el año 1932 tuvieron Einstein y Freud. Einstein, preocupado por las guerras, le preguntaba a Freud si había alguna manera de liberar a los seres humanos de la fatalidad de la guerra. Si las tendencias agresivas humanas se pueden desviar de forma que no necesiten buscar su expresión en la guerra.

Reproduzco literalmente una parte de la respuesta de Freud: «Partiendo de nuestra mitológica teoría de las pulsiones, encontramos con facilidad una fórmula que contenga los medios indirectos para combatir la guerra. Si la predisposición a la guerra es producto de la pulsión de destrucción, lo más fácil será apelar al antagonismo de esta pulsión, el “eros”. Todo aquello que establezca vínculos afectivos entre los seres humanos actúa contra la guerra». Freud acaba subrayando que un mayor desarrollo del intelecto y de la cultura son imprescindibles para que la razón domine a sus pasiones.

EL HOMBRE Y LOS ANIMALES

Son las cuatro y media de la tarde. Mediados de noviembre. La Cúpula, al igual que su entorno, está preciosa. La luz cambia por momentos. Un cielo azul contrasta con las nubes que van y vienen. Respiro profundamente.

Debo reflexionar con el fin de encarar otro aspecto de la violencia. Un aspecto que, con insistencia, ocupa buena parte de mis pensamientos. Con él, no obstante, me encuentro más solo que en otros tipos de violencia de los que he hablado anteriormente: la relación del hombre con los animales, especialmente en lo referente a su utilización como alimento.

En el libro del profesor italiano Lino Vaccari *Los seres vivientes* encuentro, dentro del apartado que lleva por título “El hombre, destructor de plantas y animales», página 337, una definición muy ilustrativa: “Excepto pocas excepciones en su egoísmo, el hombre no ve en plantas y animales más que seres útiles, inútiles o nocivos. Los útiles los cultiva y domestica. Los demás, los destruye.” Tampoco se quedó corto Leonardo da Vinci, hace más de 500 años cuando auguraba en una de sus profecías que “nada quedará sobre la tierra, o debajo de ella, o en el agua, que no haya sido perseguido, robado o dañado”.

El reino animal y vegetal están bajo nuestras órdenes. Desde el neolítico, cuando se apropió de la naturaleza, el hombre hace y deshace. En referencia a los animales, los utiliza como quiere. Los domestica, los mata como alimento, para obtener pieles, para decorar, por sadismo, por deporte, como espectáculo y, a veces, hace que se maten entre ellos. Los utiliza para experimentar en laboratorios o los somete a la tortura con fines gastronómicos. Los animales de compañía serían la excepción. A estos los cuida como si de humanos se tratase, y siente una gran tristeza el día que fallecen.

La preocupación de cómo el hombre utiliza a los animales apareció, principalmente, durante el episodio de las Vacas locas y de lo que se denominó peste porcina. Contemplar aquellas escenas por televisión, donde se podía observar la brutal aniquilación con el fin de salvar, naturalmente, la salud de los humanos, me provocó náuseas y escalofríos difíciles de olvidar. Ver como centenas de cerdos eran abatidos a golpe de martillo me hizo llorar y desesperar. Aquellas imágenes fueron suficientes para iniciar una larga reflexión sobre la relación entre el hombre y los animales.

Son las 7 de la tarde. Siento la imperiosa necesidad de contemplar la cúpula. Cada vez que la quiero ver, sólo tengo que levantar un poco la cabeza. Está oscureciendo y una tenue iluminación la hace más mágica y serena. Sabía que el contraste entre la contemplación de la cúpula y lo que tenía que escribir era del todo abismal. Una obra de arte hecha por el hombre en contraposición con su parte más negativa.

Animales y plantas constituyen un gran grupo conocido como seres vivos. Cada animal y cada planta son una aglomeración de células vivas. Los seres vivos animales se clasifican en dos grupos: los racionales y los irracionales. Los primeros, dotados de razón, constituyen los animales superiores. Los otros, faltos de razón, constituyen los inferiores. El hombre procede de una categoría de primates superiores que evolucionó hasta llegar a convertirse en el homo sapiens moderno. ¿La evolución fue un hecho casual?. ¿Cuál fue el motivo que impulsó esta evolución?. Aunque la aparición del hombre pertenece a episodios

evolutivos recientes, han pasado ya 150.000 años desde que se desmarcó del resto de animales.

En cualquier diccionario encontramos la definición de animal como ser vivo formado por sensibilidad y movimiento voluntario. Para todos igual. Recordemos. Sensibilidad. El hombre, no obstante, es el ser superior. Su cerebro, mucho más voluminoso y complejo que el de otros primates es la sede de su pensamiento, inteligencia y juicio. También del cerebro del hombre nacen la tendencia al placer, al afecto y a la agresividad. Esta última se manifiesta contra el medio hostil, pero también negativamente de manera perversa y haciendo daño a otros.

Plantes y animales que destroza constantemente, así como ecosistemas donde conviven las más variadas especies. No hace falta decir el daño que representa la devastadora tala de árboles en las selvas y bosques tropicales, que hacen desaparecer de un plumazo miles de seres vivos. Los constantes vertidos de residuos tóxicos en aguas de ríos o mares, la emisión a la atmósfera de productos contaminantes y, naturalmente, el inmenso material bélicos que se utiliza día y noche, provocando muertes, alterando el equilibrio de la tierra e infectándola con substancias peligrosísimas. Resulta curioso el hechos de que la explosión de bombas inteligentes y no inteligentes, con los terribles temblores que tanto afectan a la naturaleza física de la tierra no se vea como la causa más violenta y, posiblemente, la más nociva. Parece como si hubiese una consigna con el fin de desviar la atención y generalizar. Observo que científicos y geólogos deberían ser mucho claros y contundentes con el mal que las guerras infringen al planeta. Pero no lo son.

Todo este cúmulo de hechos negativos hasta ahora expuestos e imputables al hombre, representan su peor cara. La parte más egoísta, inconsciente y agresiva. Y resulta que esta parte es la que ha provocado el desequilibrio del mundo. Ha puesto en peligro un planeta virgen hasta el punto de llevarlo a una intoxicación que podría ser irreversible. Y no hace falta comentar que la degradación del clima acentúa, todavía más, la pobreza de pueblos enteros. El tratado de Kyoto, que prevé la reducción de gases para paliar el efecto

invernadero, sería un camino de mejora para restaurar el equilibrio climático de nuestro planeta. Y, justamente EEUU, la primera potencia mundial y uno de los principales productores de estos gases, no acepta el protocolo de Kyoto argumentando que sería perjudicial para los intereses de sus industrias. Esta negativa hará muy difícil su aplicación, puesto que es necesaria la acción consensuada de todos los países para obtener el resultado deseado. Se debería ir contra los intereses a corto plazo y aplicar medida que salven este constante deterioro. Más desarrollo, más productos de consumo y más rentabilidad sólo llevan al desastre. Mientras tanto, la población mundial crece y crece exigiendo y explotando cada vez más los recursos naturales, cada vez menos naturales y más artificiales. Esto provoca la desaparición de especies animales al mismo tiempo que atenta de forma indiscriminada contra la biodiversidad agrícola. Esta, afectada por culpa de la multinacionales agroalimentarias, que con sus innovaciones tecnológicas hace que sus productos sean más valorados que las plantas de cultivo, mucho más sabrosas y nutritivas. Queda claro que el hombre no tiene escrúpulos. Queda claro también que, con esta conducta, no hace nada más que demostrar, una y otra vez, su irresponsabilidad sin pensar en las consecuencias que sus actos comportan. Actúa para satisfacer sus deseos sin pensar en si hace daño o no. ¿ De qué le sirve el uso de la razón, es decir, aquello que justifica una conducta?

Muchas veces he imaginado cómo sería nuestro mundo sin el hombre. Que la evolución de un homínido hacia hombre no se hubiese producido. Lo primero que se me ocurre es que la tierra, por sí sola, y con los animales irracionales apareciendo y desapareciendo, estaría limpia, sería un planeta virgen. Ahora nos queda el recurso de encontrar uno de esos espacios protegidos, una reserva natural donde la actividad humana esté estrictamente regulada, un lugar milagrosamente conservado en algún lugar del mapa terrestre.

Vuelvo a la música y me viene a la mente el inspiradísimo *Concierto para violín y orquesta* de Mendelssohn, obra que siempre he relacionado con el estado más puro de la naturaleza. Cuando lo escucho siento la vegetación, el sonido del agua cristalina, la pureza del aire y el sonido de los animales en

libertad. La volatilidad del tercer movimiento evocando el juego y la persecución entre pájaros es algo impagable. Un milagro instrumental que sólo una naturaleza sana podría dar a un autor genial. Y hablando de pájaros quiero recordar una frase del compositor Paul Dukas: «Escuchad a los pájaros. Son grandes maestros». Mendelssohn y otros muchos compositores se sintieron fascinados por sus sonidos, vocalizaciones y ritmos para recrear ambientes de la naturaleza con un resultado musical de una excelencia prácticamente maravillosa. Pienso también en Vivaldi y su concierto para flauta "Il Cardellino" donde imita al jilguero, o "Las cuatro estaciones", donde en el segundo concierto, "El Verano", aparecen el cucut, una tórtola y otra vez el jilguero. Mozart también se inspira en este último pájaro para el concierto para piano y orquesta en sol mayor, último movimiento. Un último ejemplo lo constituye el músico francés Olivier Messiaen, que se consideraba tan ornitólogo como compositor. Los títulos de varias de sus obras lo indican: "Catálogo de pájaros", "Despertar de los pájaros" y, sobre todo, "Pájaros exóticos", donde utiliza 48 especies de países tan lejanos como China o India.

Sí, muy romántico pero triste es que estos pequeños maestros cantores paguen también las consecuencias del deterioro medioambiental. Cada día hay menos.

No me apetece mirar la cúpula.

Es verdad que la composición me ha sensibilizado. No sé si es mejor o peor. Creo que la situación general de guerras, destrucción, mortalidad imparable provocada por el Sida, el hambre, la explotación infantil y tensiones de todo tipo y para todos los gustos han provocado un clima que, forzosamente, ha tenido que afectar a cualquier creador.

Por otra parte, si cuando se habla de desgracias que afectan a los humanos, prácticamente todo el mundo lo siente como una tragedia parecida a la mía, no pasa lo mismo cuando se trata de desgracias que a los animales. Prácticamente nadie se preocupa del buen o mal trato que recibe un animal. Son animales y, en tanto que tales, no merecen ninguna consideración. Me

sorprende mucho que conocidos míos que demuestran mucha sensibilidad en el tema de la violencia, de relaciones entre pueblos o culturas, o por el tema de las artes, les importe tan poco lo que pueda ocurrir a los animales o si el trato que reciben es justo o no.

Esta indiferencia hacia unos seres, aunque inferiores, también dotados de sensibilidad, me ha alejado de gente que, en principio, consideraba compasiva, pero que después ha demostrado ser sensible sólo respecto a la suerte de la propia especie. Recuerdo siempre una imagen que desde pequeño me ha quedado gravada. Tendría yo unos 7 u 9 años cuando una mañana, con mi abuela Elisa, fuimos al mercado de Sarriá. Allí había una pollería propiedad de un matrimonio con un hijo mayor que yo con el que simpatizaba. Nos saludamos, él con un conejo blanco y vivo que sujetaba por las patas traseras. Observo que, de repente, le da un puñetazo y lo mata. Como si nada. No recuerdo exactamente cómo reaccioné. Imagino que no demasiado bien, ya que después de aquella escena me resultó muy difícil volver a hablar con él como antes.

Vuelvo a contemplar la cúpula. La vuelvo a necesitar. Veo también unas montañas en el horizonte, aunque el cielo está encapotado..

Continúo.

Soy sensible a todo ruido y a todo sonido. A todo aquello que me llega a través del oído. Mientras escribo este "resumen-pensamiento" (me gusta llamarlo así), tengo que estar en perfecto silencio y de ninguna manera me podría concentrar escuchando música. Es evidente que mi trabajo como compositor me ha llevado a tener lo que se llama "oreja fina". El oído es el órgano de trabajo para un músico. Pero para un compositor no es suficiente el oído que todos entendemos como la que percibe sonidos. El oído de un compositor es el que el director de orquesta Bruno Walter llamaba oído interior. Este es silencioso por fuera y activo por dentro. ¿Quién mejor que Beethoven como ejemplo de oído interior? Su sordera le supuso un gran martirio. Pero provocó que su oído interior funcionase con una fuerza milagrosa.

¿Qué tiene que ver todo esto con mi preocupación hacia los animales?. Pues muy sencillo. Tiene que ver con el hecho de que las imágenes sobre la aniquilación salvaje de vacas y cerdos llevada a cabo por el hombre el mes de junio de 2001 me ha quedado gravada para siempre jamás.

Sufro cuando las recuerdo, pero no las considero un tormento. Necesito y quiero conservarlas por lo que representan de macabro y desgraciado. Mi oído interno del que he hablado me hace escuchar todo tipo de gemidos, gritos, lloros que, a la vez, se transforman en dolor musical. El episodio representa para mí una de las crueldades más grandes que he vivido. Para la inmensa mayoría de la gente es un asunto olvidado y, en todo caso, se hizo lo que se debía hacer. La diferencia es mucha.

Entiendo que mi preocupación por los animales, a ojos de quien lea este escrito parezca una exageración. Si es así, más vale que no siga leyendo. Lo que yo hago es, únicamente, exponer aquello que pienso y siento. En ningún caso intento adoctrinar a nadie. Y suerte he tenido con la música, que me ha hecho percibir lo que, sin ella, difícilmente hubiese podido percibir. La sensibilidad pertenece a todos los seres vivos que compartimos este planeta. Que el hombre se haya apropiado de ella, negando la evidencia de que también otros seres la tienen, es una muestra más de insensibilidad y egoísmo. Él es quien domina y quien dicta qué es sensible y qué no lo es. Él es el que niega a los animales inferiores la sensibilidad con que la naturaleza también les dotó.

Aquellos que hemos tenido animales en casa, posiblemente seamos más propensos a entender el sufrimiento y la sensibilidad de los animales en general. Perros como Set o Nina son, para mí, seres entrañables, imposibles de olvidar. Pero más sorprendente ha constituido para mí Tito, un gato medio siamés que hace 8 años vive con nosotros. Un gato como él, aunque los gatos tengan esa fama de ser poco sociables, me ha servido para comprobar que tienen una sensibilidad a flor de piel y que sienten y necesitan nuestro afecto. Digo sorpresa, porque el mundo de los gatos es desconocido. Como la mayoría de la gente, pensaba que los gatos son muy independientes. Nada de eso. La

relación que mantengo con Tito es abierta y de "tu a tu". Nos conocemos muy bien. Sé lo que le gusta y lo que no le gusta. A primera hora de la mañana, al encontrarnos, me mira a los ojos y con toda claridad me indica que quiere comer. Me pide salir a la terraza. Una vez allí, y después de hacer sus necesidades, sube a una mesa y lo peino. Le voy sacando los pelos que desprende. Cuando estoy sentado en el piano componiendo, por lo menos una vez al día me hace dejar el lápiz con su cabeza y quiere que le haga caso. Me conmueve su necesidad de acercarse, de querer contacto con mi cuerpo. Sube encima de mí con toda la prudencia del mundo, se instala en mi pecho y mi barriga. Los dos corazones están a muy poca distancia. Empieza a ronronear. Pasa un rato... somos felices los dos. Mientras tanto, le rasco la cabeza, incluso fuerte. Le gusta que le estire las orejas, que le toque la punta de la nariz, que le acaricie debajo del cuello agradeciendo ese tacto extremadamente suave. En cambio, no quiere que le toque partes del cuerpo, como la parte baja de la espalda o, menos todavía, la barriga. Evidentemente, no lo hago. No le gustan los ruidos fuertes y, menos, los gritos. Si suena el teléfono o debo levantar la voz más de lo normal, se va enseguida. Hablo suavemente con él y me responde qué le gusta. Pero, sobre todo, es cuando estoy triste cuando más me conmueve. Lo nota de inmediato, ronronea y me da golpecitos con la cabeza.

He dicho que Tito me mira a los ojos. Y eso lo hago extensible a los animales en general. Creo que todos miran a los ojos, especialmente aquellos que conviven con nosotros. Ellos tienen necesidad de mirarnos. Nuestros movimientos, nuestras indicaciones, el tono de nuestra voz. Se han de comportar tal y como nosotros deseamos. En definitiva, deben obedecernos. Entienden que somos una fuerza superior y se espantan con facilidad. Cuando observo a alguno de ellos siento una especie de compasión. No dejan de ser animales atrapados, y me da pena que estén pendientes de nuestras reacciones y que estas puedan ser de todo tipo. Últimamente, yo también siento la necesidad de observar los ojos de cualquier animal. Quiero sentir su expresión, y debo decir que entiendo mucho más lo que son. En el caso de perros y gatos, unos ojos muy parecidos a los nuestros, noto que también indican sus pensamientos. Son ojos de un cierto secretismo, ya que la mirada

sólo se acompaña de sonidos más o menos inteligibles. Aún y así, se hacen entender. Me duele que no tengan un lenguaje articulado. Nuestra superioridad es demasiada, y para el hombre ha sido muy fácil que sus vidas dependan de nosotros. El hombre ha dictado unas leyes en las que los animales son arrastrados como material a nuestro servicio. Ellos pagan su inferioridad y el hombre puede hacer de ellos lo que desee. Matarlos o no matarlos.

Vuelvo al episodio de las vacas locas. «Misericordia con los animales» era el título de un artículo aparecido en *La Vanguardia* en junio 2001. Filósofos, religiosos y ecologistas se preguntan por qué el dolor animal importa tan poco a la familia humana. El artículo, firmado por Maria-Paz López, decía que en occidente, el ser humano mantiene, respecto al animal, una moral mafiosa «que predica una actitud solidaria y bondadosa hacia los miembros de su propio grupo, y una total falta de miramientos hacia el resto de grupos». Sigue diciendo: «La familia humana, cría con dureza animales para su consumo, y se deshace de ellos cuando presentan dolencias, no siempre nocivas para el ser humano.». Jesús Mosterin, en este mismo artículo dice: “No se trata de que tratemos a los animales como a humanos. Bastaría no obligarlos a ir contra su propia naturaleza.” Se lamenta de que el engorde mecánico está programado para obtener el máximo rendimiento al mínimo coste, y en el mínimo tiempo, despreciando el sufrimiento animal. Manel Castro, vicepresidente de la ADDA (Asociación de Defensa de los Derechos de los Animales) decía, refiriéndose a las vacas locas, que los animales criados en tan malas condiciones son propensos a coger cualquier enfermedad y que, aunque fuese por egoísmo, sería conveniente tratarlos mejor. Una de las imágenes que más dolor me provoca es la que apareció en otro artículo, publicado también en *La Vanguardia* a finales de junio de 2001, que llevaba por título «Los cerdos sacrificados crean problemas». Sacrificados significa a golpe de mazo. O de martillo en caso de los más pequeños. En la imagen que ilustraba el artículo, se veían docenas de cerdos muertos, unos encima de los otros, menos uno que todavía estaba vivo, de pie, sin saber qué hacer, mirando a sus compañeros muertos. Desconcertante.

Mi sensibilidad al sonido ha hecho que esta imagen tan cruel como triste me haya quedado impresa en la mente por encima del impacto fotográfico.

Este episodio del año 2001 ha sido solamente un episodio. El hombre debía velar por su salud y hizo lo mejor para todos. Aniquilarlos de la forma más rápida posible y con los medios más contundentes. La posibilidad de curarlos hubiese resultado demasiado costosa y una idea demasiado romántica. No se trataba de una epidemia humana. Y más lamentable todavía es pensar que estos animales han sufrido nuevas enfermedades por culpa del hombre. Las vacas enfermaron como consecuencia de piensos elaborados con un porcentaje de harinas de carne contaminadas. Los cerdos, en cambio, fueron contaminados por otros introducidos clandestinamente de países del Este sin control sanitario.

Países como Inglaterra o Francia tienen legislaturas que datan del siglo XIX y que castigan con multas y penas de prisión a quien cause sufrimiento a los animales. La primera sociedad en defensa de los animales se creó en Londres en el año 1824. El año 1978 la Liga internacional de los derechos de los animales proclamó una Declaración Universal de los Derechos de los Animales sobre su derecho moral. Este fue posteriormente aprobada por la UNESCO y por la ONU.

Del texto de esta declaración, que consta de 14 artículos, tomo nota de algún párrafo que reduzco. El primer artículo dice: "Todos los animales nacen igual ante la vida y tienen el mismo derecho a la existencia". Resumo los otros: todo animal tiene derecho al respeto. Ningún animal será sometido a malos tratos, ni a actos de crueldad. Si es necesaria la muerte de un animal, esta deberá ser instantánea, indolora y no generadora de angustia. Todo animal que pertenezca a una especie salvaje tiene derecho a vivir en su propio hábitat natural. La experimentación animal que implique un sufrimiento físico o psicológico es incompatible con los derechos de los animales. Cuando un animal es criado para alimentación, debe ser nutrido, instalado y transportado, así como sacrificado, sin que ello resulte para el animal motivo de ansiedad o dolor. Las escenas de la violencia ejercida contra los animales han de ser

prohibidas en cine y televisión. Concluye diciendo: los derechos de los animales deben ser defendidos por la ley como lo son los de los hombres.

Cada vez que leo este texto no sé si me entran ganas de llorar o de reír de rabia. Dicho en términos poco finos, esta Declaración Universal prácticamente todo el mundo se la pasa por el culo. Por el culo se la pasaron los responsables del episodio del mes de junio del 2001, los máximos órganos oficiales incluidos. Por el culo se la pasa aquellos que se dedican a la cría de animales para alimento humano. Por el culo se la pasan los medios de transporte que llevan a los animales al matadero, y por el culo se la pasan lo que han proyectado y planificado cómo se deben sacrificar en los establecimientos de la muerte.

Ahora me pregunto: ¿Por qué este texto tan importante para el respeto a los animales no se aplica?. Para mí, la respuesta está clara. Porque la inmensa mayoría de hombres no sienten ningún respeto ni piedad hacia ellos. Los consideran como máquinas. Están a su servicio. Consideran la Declaración como papel mojado y aplicarla implicaría una repercusión en sus ganancias. Todo el proceso, desde el nacimiento de la cría hasta su muerte sería más lento y, por tanto, más costoso. Se necesitaría más espacio, un transporte menos masivo y una alimentación adecuada. Imposible. Los números no saldrían. Es necesario que vivan enjaulados, cuantos más mejor, que ocupen el mínimo espacio cuando son transportados y que se engorden lo más rápido posible. La productividad debe estar por encima de todo

Los costes mandan, y aplicar la Declaración es poco realista. Los departamentos gubernamentales que deberían velar para su aplicación hacen la vista gorda. No hay piedad ni comprensión hacia los animales. Se trata de un derecho moral, cuando, en realidad, son obligaciones que el hombre debería tener, porque es él quien los encierra y los priva de libertad. Es él quien los multiplica y manipula mediante un intenso sistema de cría y en unos espacios superpoblados. Igual que en campos de concentración, cuando en este mundo existe espacio suficiente para poder tener animales en buenas condiciones Los animales son víctimas atrapadas por una finalidad alimenticia, y se les obliga a vivir tal y como el hombre quiere. Criaturas inofensivas que, sólo por

compasión, creo que merecerían que su breve vida y la muerte violenta que reciben fuesen lo menos dolorosa posible. Y no el infierno por el que deben pasar. Gallinas ponedoras de huevos son criadas en batería. Frecuentemente son miles, una al lado de la otra —por no decir encima— de la otra. Ni siquiera pueden desplegar sus alas. Muchas mueren de un infarto. En lo que refiere a los cerdos, las hembras gestantes no son otra cosa que máquinas de producir cerditos. El espacio reducido obliga a que se apliquen medidas con el fin de que no se peleen entre ellas. Se les aplica el «raboteo» (amputación de la cola), reducción de las puntas de los dientes y anillado del morro. En cuanto a los pollos, se opta por cortar el pico en seco. Pienso que la Declaración sirve, únicamente, para cubrir un expediente. Bien al contrario, debería ser un texto conocido y del que todo el mundo tuviese conocimiento, que se difundiese en los colegios y que la juventud se sensibilizase respecto al hecho de que los animales también sienten y que debemos respetarlos. De hecho, todo lo que digo no es nuevo para mí. Hace tiempo conocí la obra de Peter Singer *Liberación animal*, a menudo, considerada la mejor publicación en defensa de los animales. Es obra de referencia y se publicó en el año 1975.

Querida cúpula. Te he perdido de vista. Vuelvo a estar en Barcelona, y en este momento me encuentro en mi estudio de Les Escaules. Aquí también puedo contemplar la piedra que tanto me gusta. En mi espacio tengo una pared de piedras incrustadas cada una de una forma y color diferentes. No te olvidaré. A partir de ahora te veré a través del objetivo de la imaginación. Adiós y gracias.

Queda claro que el trato que se da a los animales y el incumplimiento de la Declaración Universal de sus derechos me afecta. Respetar y cumplir lo que dice la Declaración debería ser una cuestión de principios. Pido algo de cordura y que el consumo de carne se haga de acuerdo a un espíritu de comprensión, de higiene para ellos y para nosotros, y por obligación moral hacia unos seres inferiores que, como mínimo, puedan vivir y respirar y que aquellos alimentos con los que se nutran sean los que les toque comer. Creo que si no se les da estos mínimos, estamos dentro de una barbarie y de un egoísmo imperdonables. Deberíamos pensar que las pobres bestias están condenadas a una vida «interrumpida por una muerte violenta», a una «muerte no deseada»

y a muchas horas de martirio. Lo que se está haciendo es una auténtica porquería, y lo más triste es que la puerta que deber permitir la aplicación de los artículos apoyados por la UNESCO y la ONU siga cerrada. No interesa que el texto se conozca, y menos todavía que sea publicado. Políticos y granjeros han hecho un pacto de silencio. Y este silencio llega a nuestra sociedad con todo el beneplácito. No conviene alterar el principal objetivo de los granjeros en su obtención de buenos ingresos y en su explotación.

Se sabe que la experimentación con animales en laboratorios ha sido y es indispensable en la investigación de nuevos tratamientos y para el progreso científico en general. Siempre, naturalmente, para el hombre y su salud. Pero es bien cierto que estos animales están sometidos a lo que sea y a lo que haga falta, siempre contra su voluntad. Millones de ellos mueren cada año con este fin: ratas, perros, gatos, monos, ovejas, cerdos... Los investigadores sólo quieren resultados, aunque sólo sea para justificar subvenciones o bien para obtener prestigio. El animal sirve para que ellos lo consigan. Su vida no tiene importancia. Sin embargo, son útiles. Aún y así, se recomienda que para la investigación reciban un buen trato, que se utilicen los mínimos animales posibles y que se apliquen anestésicos o analgésicos siempre que sea posible.

No hablo de experimentación con animales para otros fines que, al no ser indispensables, prohibiría absolutamente. En muchos casos se cometen barbaridades, dependiendo de los escrúpulos del investigador. Dentro del ámbito de la cosmética, que es donde posiblemente se realicen más tests, se cometen todo tipo de aberraciones. Una posición sensata y juiciosa es la que desprenden las palabras del medio organista Albert Schweitzer: «Mientras no sea posible excluir las experimentaciones con animales, los científicos deberían preguntarse en cada caso, si verdaderamente existe una necesidad real para tal sacrificio, pensando que se trata de criaturas viva, que sienten y sufren como humanos».

Comer carne se ha convertido en una obsesión en el mundo occidental Su consumo es desproporcionado. Parece como si las proteínas sólo se pudiesen encontrar en la carne, cuando también están en muchos alimentos de origen

vegetal (legumbres, cereales, frutos secos, soja, etc.), aunque en menor proporción. Pero el caso es que una dieta equilibrada podría reducir el consumo de carne y evitar también muchas enfermedades que provienen de su excesivo consumo, que a lo largo de los años favorece enfermedades cardiovasculares, niveles altos de colesterol y que se considera un factor maligno en el control del cáncer. Pero son pocos los que hacen caso. La carne es la carne. Hoy día, en cualquier comida o cena de una celebración o congreso parece inevitable el consumo de carne. Recuerdo que, hace años, en los vuelos de avión había un menú vegetariano como alternativa. Ahora, si quieres comida vegetal, hace falta especificarlo en el momento de sacar el billete. En caso contrario, tienes carne o jamón asegurados, sin ninguna otra opción. Hace poco, volviendo de Madrid en el AVE, estuve en clase preferente, donde se sirve una merienda-cena. Había plato único. Pavo en escabeche. Dije que no comía carne. Me dijeron que no podían ofrecerme otra cosa. Ni un trozo de queso, ni siquiera una pieza de fruta. El revisor, muy amable y comprensivo, me sugirió que hiciese una reclamación a RENFE.

Como he dicho, comer se ha convertido en una obsesión. Nunca como ahora se ven tantas paletillas de jamón, tantas hamburgueserías, pollos asados, establecimientos de salchichas de Frankfurt y tantos productos cármicos envasados de toda manera y forma. El consumo mundial de carne es una locura. Las granjas como fábricas de alimentos son el negocio del siglo y en EEUIU crían y pasan por el matadero cada año millones y millones de vacas, cerdos y ovejas. Y en cuanto a las aves de corral, la cifra es espectacular. Alrededor de 10.000 millones, pollos en su mayoría, son sacrificados. Una explotación sin precedentes. En España, sólo en jamón curado, la producción sobrepasa los 40 millones de unidades. Un negocio en expansión que exporta por todo el mundo.

Debería estar penalizado el hecho de embutir a los animales con productos de engorde rápido. No existe el mínimo respecto que permita que el organismo se desarrolle siguiendo su curso. El hombre, que es estricto y serio con el doping en los deportistas, pone el grito en el cielo cada vez que se le descubre a un atleta el consumo de sustancias prohibidas. En cambio, admite y no penaliza

que a los pobres animales se los hinche a base de sustancias mucho peores. Núria, que vive muy cerca de Berga, me comenta el drama que sufren las vacas cuando se las separa de sus hijos, los becerros, en las granjas de engorde. Tienen sólo seis meses, y con seis meses más, es decir, al año, van directamente al matadero. El momento de la separación es un verdadero trauma. Los becerros, que hasta ese momento se alimentan de la madre, desaparecen de golpe. Se ha roto su hábitat natural i han perdido el calor de su madre. El infierno ha comenzado. Las madres no entienden qué está pasando y durante unos días corren arriba y abajo buscando a sus crías, chillando desesperadas. La descripción de este hecho, como otros que prefiero no comentar, ha hecho mella en mí, y no poco

Recuerdo los veranos pasados en la Vall de Núria, donde vacas, bueyes y ovejas estaban libres rodeando el santuario. Agua, hierba, frescor, espacio... Como que yo era un niño, estaba convencido de que su hábitat natural era siempre la montaña. Ahora, cuando contemplo a estos animales por los prados, me invade una sensación de tristeza y me pregunto: ¿hasta cuándo?.

Ya he dicho que en esta cuestión de los animales me encuentro muy solo. Casi nadie entiende que para mi y para otras personas resulte en drama y una falta de moralidad. La mayoría de ciudadanos no quieren saber nada de si lo que se hace es correcto o no. Lo que desean es la carne en el plato y deleitarse con todas las recetas culinarias posibles, o simplemente, utilizar la sartén dejando que la carne conserve todo su sabor. El hombre tiene una actitud cambiante respecto a aquello que le interesa. La sensibilidad la desplaza hacia donde le conviene, y no reflexiona sobre el hecho de que los animales sienten el dolor y las emociones de forma parecida a la nuestra. Ellos también tienen miedo, se alegran, se sienten tristes, sienten el placer o la pena, y hasta sienten vergüenza y desesperación como decía en el párrafo anterior. Pero el hombre hace caso omiso de estos hechos.

Una imagen que en su día me hizo pensar tuvo lugar en una masía restaurante. Creo que era el Hostal de la Granota, donde la especialidad de la casa eran las costillas de cordero. Pues bien, como reclamo y detalle para

entretener a los niños, tenían un cordero de pocos meses, blanco como una nube, atado a una larga cuerda y situado en el jardín de la entrada, donde también había otros entretenimientos para niños. El animalito era acariciado por los niños, que lo observaban con ternura.

También es para mi un martirio contemplar un camión repleto de ovejas o cerdos cuando coincido con ellos por la autopista. Los veo con frecuencia, aunque últimamente observo que la mayoría de ellos llevan una reja que disimula su presencia, o bien van tapados con una lona, detectable únicamente por los fuertes olores que desprenden defecaciones y orines. Sin duda, se trata de una nueva norma para evitar contemplar el triste espectáculo que nos ofrecía aquel conglomerado de carne viva. Recuerdo cuando los veía al descubierto; la escena era desagradable y patética. Animales amontonados, prácticamente unos sobre otros, casi sin poder colocar las cuatro patas. Los observaba mientras miraban. A veces, incluso, cuando con mi coche los adelantaba, mi mirada se cruzaba con los ojos de alguno de aquellos pobres animales. Cuando pasaba, yo seguía conduciendo despacio y aturdido. Sin decir nada si a mi lado estaba Caterina. No hace falta decir que en largos trayectos muchos de ellos no resisten y mueren literalmente asfixiados. Hay recorridos de 60,80 y 90 horas de viaje con transportistas que incumplen las normas de la Unión Europea. Estas normas dicen claramente que se les debe suministrar agua, alimentación, que deben descansar, que deben viajar con certificado sanitario y que se tienen que cumplir los tiempos máximos de transporte. Ni caso. Lo que viven es deshidratación y un sufrimiento infernal. Aquellos que se van debilitando, cuando caen, ya no tienen fuerzas para levantarse. Son aplastados por sus compañeros e incluso devorados.

He sentido una gran tristeza también cuando he sabido que desde Holanda, más de un millón de cerditos son enviados a España e Italia para ser engordados. Y que, una vez engordados, son nuevamente transportados a Holanda para su sacrificio. Lo encuentro extremadamente cruel. La Unión Europea lo sabe. Pero lo acepta.

Hablo ahora del matadero. Una palabra que me hace helar la sangre. En catalán, el matadero (palabra muy elocuente en lengua castellana) se llama "escorxador". "Escorxar" en catalán no significa matar, sino levantar la piel, así como la corteza de un árbol. Todo queda mucho más "fino". En definitiva el matadero es ese lugar donde se sacrifican o matan animales de forma industrializada. El lugar donde se realiza la ejecución. Es la instalación secreta y, por lo general, apartada, donde los gritos y gemidos se escuchen lo menos posible. Mejor si no se oye nada. Es la "solución final". Maquinaria especializada, aparatos mecánicos y eléctricos, cintas transportadoras; aquello que podría parecer alguna herramienta para construir, sólo sirve para destruir. Llegan los camiones y empieza la descarga del ganado en medio del desamparo más absoluto. Los animales no saben qué está pasando, o quizás sí... Tienen miedo e intuyen que nada bueno les espera. Bajan por las rampas, muchos quieren escapar, pero rápidamente los golpes contundentes que reciben les obligan a caminar juntos hasta formar una fila irregular. Se cagan y orinan, todo ello en medio de un tumulto donde los gritos de los animales se confunden con las voces contundentes de los empleados que gritan al orden, a menudo insultando o mofándose de ellos. Una vez todos dentro, se cierra la puerta. La trampa resulta mortal. La cadena se pone en marcha. Los animales tiemblan de pánico. Se mueven torpemente y sin oponer apenas resistencia. El presentimiento de la muerte inminente los ofusca. Empieza el trabajo y el fin. Los aparatos eléctricos se ponen en marcha para estimular a aquellos que caen, de la misma forma que, después, con la finalidad de aturdirlos, recibirán una descarga eléctrica que no siempre atraviesa el cerebro, sino que provoca una dolorosa parálisis..

La sala de las matanzas es un grito extraño, ahogado. Todo ha de salir tal como estaba previsto y planificado. Hay que cumplir con los tiempos establecidos para las diferentes operaciones. Se trata de una producción industrial en la que no se pueden perder ni dos segundos. La ley que establece el mínimo sufrimiento de cualquier ser vivo se ignora. No se cumple, y los mismos veterinarios que siguen el proceso con el fin de certificar la comestibilidad de la carne, reconocen que los animales sufren un verdadero tormento. Los animales se han convertido en objetos mecánicos, y uno a uno

son destruidos. El olor de sangre coagulada invade todo el ambiente. Enseguida se limpia con agua fría para limpiar y purificar el suelo. Todo queda aquí. Los gobiernos saben que no se aplica ni el más mínimo criterio compasivo. Callan y dejan hacer. La sociedad vive de espaldas al trágico destino de los animales. El matadero es como si no existiese. Unos camiones han entrado repletos de animales vivos. Otros salen con el material cárnico preparado para su distribución y venta.

No hace falta decir que este proceso, el más violento que puede existir en referencia a la aniquilación de seres vivos, se repite día tras día de forma imparable, como si nada, ya que todo se realiza "de puertas para adentro". Matar y matar. No "sacrificar", como dice la terminología oficial a modo de justificación. "Sacrificar" no parece tan delictivo. Quizás sería mejor llamarlo "abatir", con el fin de asimilarlo a la materia inanimada: "desanimalizar" al animal.

Nadie debe oír nada. Y, como bien decía un amigo mío: "hay cosas que es mejor no saber". Saber aquello que realmente sucede. Definitivamente, el matadero no es un lugar para ser visitado. No es una industria (para llamarlo de alguna manera) donde se produce algo. Es una industria dedicada a todo lo contrario. A la destrucción. A la muerte y al descuartizamiento de seres vivos. Pero quien quiera, desde casa, puede saber el funcionamiento de un matadero, únicamente haciendo una búsqueda en su ordenador en la Web del vídeo que ofrece La Vanguardia sobre el nuevo y flamante matadero de Mercabarna, el más grande de toda Cataluña. Ya en el año 2007 produjo 32.500 toneladas de carne, un récord histórico. Y en 2008 ha aumentado considerablemente su "producción", ya que el cordero se sacrifica también según el rito musulmán y judío. Cuatro millones de corderos se pueden sacrificar y preparar en un solo día, y cabe destacar las nuevas exigencias y condiciones en el momento de sacrificar animales debido al consumo de partes del animal consideradas como muy energéticas (corazón, testículos, tripa, oreja....). Se recuperan así platos típicos de antaño que estaban en peligro de desaparición, gracias, en parte, a la inmigración de ciudadanos sudamericanos y africanos, sensibles a aprovechar vísceras.

Me vienen a la mente unas palabreas que Confucio pone en boca del sabio Meng-Tsé: «Cuando el hombre superior ha visto a los animales vivos, no puede soportar verlos morir; cuando ha oído sus gritos de agonía no soporta comer su carne. Por eso, el hombre superior coloca el matadero y la cocina en lugares alejados».

Elias Canetti explica en su autobiografía una escena que lo dejará marcado para siempre en referencia a una visita escolar que hizo a un matadero. Describe la imagen que lo impactó de la siguiente forma: “una oveja embarazada que es sacrificada y con la barriga partida en dos dentro de la cual, todavía vivo, se movía una minúscula ovejita entre los restos de la placenta . Se le reconocían las patitas y la cabeza, toda ella en un tono transparente”

Una amiga me comentaba la angustia que sintió durante una celebración árabe al contemplar como se degollaba a un cordero según el rito musulmán y que, además, una vez cocinado, se le ofreció para comer. Aunque ella consumía carne, me explicó las dificultades que tuvo para comer un trozo de aquel animal, cosa que hizo únicamente con el fin de complacer a los asistentes. Según ella, no podía ni masticar, y tuvo que hacer grandes esfuerzos con el fin de no vomitar. No hace falta decir que, en aquel lugar, su caso era aislado, ya que los asistentes contemplaban con total satisfacción la colocación del cordero con la consiguiente cuchillada mortal. Todo, en un ambiente festivo, esperando la parte más deseada de la fiesta: cocinar y comerse al animal.

También yo tuve una mala experiencia en un acto festivo que tuvo lugar allá por los años 1951 o 1952 en El Papiol, donde teníamos una masía del siglo XVII. Se trataba de una matanza del cerdo, en este caso de cuatro, en casa de unos amigos. La casa, rodeada de un gran jardín, estaba llena de amigos y familiares. Aparecieron los cuatro cerdos. Los situaron en el lugar adecuado. Y uno por uno fueron cogidos por cuatro hombres fuertes que los inmovilizaron. Los cuchillos comenzaron a penetrar en el cuello de los animales. Recuerdo que lo hacían lentamente. De inmediato, los gritos de dolor, cada vez más

agudos y penetrantes. Corrí hacia mi casa, que estaba en la parte alta del pueblo. A unos cuantos kilómetros. Me parecía seguir oyendo los gritos y se me ocurrió bajar por una larga escalera al fondo de una gruta que había en el interior de la casa. Me quedé allí. No pude soportar aquello que otros contemplaban como un hecho natural, aunque imagino que más de uno sintió escalofríos. En mi caso, lo poco que vi, me pareció monstruoso. Nunca olvidaré la violenta ubicación de los cuatro animales en fila sostenidos con mano férrea con el fin de evitar que escapasen, ni la sangre a raudales de las primeras incisiones producidas por los cuchillos. Desde entonces nunca más he visto la muerte en vivo de ningún animal, exceptuando las imágenes televisivas del reciente episodio de las vacas y cerdos, hecho que me ha llevado a reflexionar sobre el trato que reciben los animales como alimento.

Relaciono los chillidos de los cerdos de El Papiol con un relato que mi admirado Camus hace de la matanza de una gallina para celebrar una cena. El relato, llamado «El gallinero y la gallina degollada», es un mal recuerdo de una experiencia vivida por el escritor cuando era niño y que demuestra que no es tan sencillo degollar a un animal. En primer lugar, la dificultad de atrapar al animal, de sujetarlo por las patas y colocar la cabeza sobre un plato. Enseguida, la consumación del sacrificio del ave a manos de la abuela. “Una navaja que la degollaba retorciendo la cabeza para abrir la herida al mismo tiempo que el cuchillo entraba profundamente en los cartílagos junto al grito horrible y manteniendo inmóvil a la gallina, que se movía sin cesar mientras la sangre rojiza goteaba encima de un plato blanco”.... El escritor explica que, una vez muerta, la gallina tenía las plumas opacas, el ojo vidrioso sobre el que cerraba los párpados redondos y plegados.... Los dedos de las patas juntos, la cresta apagada y flácida, la muerte. Explica que a él le tocó ir a buscar a la gallina al corral y presencié todo el sacrificio. Yo, que era un poco mayor que él cuando ocurrió la matanza de los cuatro cerdos, no aguanté tanto. En cualquier caso, a todos nos estremeció el agudo y roto provocado por la incisión del cuchillo. Y es evidente que esos gritos de dolor infinito, los mismos que emitiría un humano sometido al mismo sufrimiento, representan la ruptura más violenta y desagradable posible para quien, como yo, utiliza para trabajar instrumentos musicales fabricados para emitir sonidos de máxima calidad. Además, creo que

entre un instrumento musical y un ser vivo se puede establecer una analogía que invita a la reflexión. El ser vivo grita y chilla ante el dolor físico. Un instrumento, sea el que sea, grita también si se le daña. Por ejemplo, si queremos extraer notas en registro agudo, más allá de sus características o, simplemente, si se toca mal.

Vida y muerte son una constante en nuestra existencia. El hombre vela por su vida y de ninguna manera quiere morir antes de lo que se considera la "edad normal". Que la muerte sea natural y, cuanto más tarde, mejor. Ciencia y medicina se dan prisa por descubrir sustancias que eviten o curen enfermedades para alargar la vida al máximo. Sustancias que eviten el dolor, o, por lo menos, lo hagan soportable. Últimamente he oído algún disparate sobre la posibilidad de llegar a la inmortalidad; un verdadero despropósito arrastrar nuestro cuerpo el máximo tiempo posible. Y una verdadera vergüenza también en referencia a temas de salud. Nutricionistas y dietistas tienen trabajo asegurado para años. El negocio es muy rentable. En cambio, la vida de los animales para alimentación está sometida a la rentabilidad y, por tanto, su existencia se basará en la actuación del hombre. Ciencia y medicina jamás investigarán cómo alargar sus vidas. Más bien todo lo contrario. Procurarán descubrir sustancias que permitan su sacrificio con el mínimo tiempo. El dolor que puedan sentir queda excluido, qué más da.

Justo en este momento, contemplo la ilustración en color de un violín de Andrea Amati, el fundador de la escuela de Cremona. Justo en Masstrich se conmemora el 500 aniversario del nacimiento de este gran maestro artesano. La foto, cuidadísima, -por delante y por detrás-, permite contemplar la belleza de este instrumento construido en el año 1566, y todavía en perfectas condiciones para ser utilizado. Es bien sabido que el sonido de los Amati es el más puro y delicado entre todos los violines, ideal para la música de cámara. Pienso que, desde el año 1566 en que fue construido, han pasado 439 años y todavía sigue haciendo sus funciones. Naturalmente, son instrumentos conservados y cuidados en extremo, pero aún y así demuestra una categoría única de trabajo artesano. Estos violines históricos dan fe de una mano privilegiada que, durante los siglos XVI, XVII y XVIII abundaron por toda la

península Itálica, especialmente en el norte. Su sonoridad es única, y no existe célebre violinista que no haga uso de alguno de ellos para sus conciertos. (Stradivari, Guarneri, Guadagnini, Bergonzi, etc...). También su contemplación como objeto es fascinante. Las maderas de abeto –tapa delantera - y arce –tapa posterior y lados- ofrecen un bellissimo y característico color con reflejos naranjas, marrones y dorados provocados por unos barnices nunca más conseguidos; unas fórmulas que parecen haber desaparecido en el mismo momento en que los constructores las inventaron.

Hablo de violines porque tenía que hacerlo. Porque mientras escribía sobre hechos crueles que me repugnan, me había llegado esta información del 500 aniversario de Andrea Amati, lo que me da un pretexto para descansar de tanta desgracia. Yo también tuve un Amati en los años 60. Era un Antonio y Girolamo, hijos de Andrea, hecho en Cremona en el año 1625. Lo tocaba horas y horas hasta que lo vendía a un luthier de Nueva York. Ahora sólo conservo unas fotografías.

El sonido del violín es necesariamente melódico. Una largada de la arqueta permite aguantar las notas como la voz de un cantante. La expresión dependerá en buena parte del movimiento oscilatorio de la mano izquierda. Las características sonoras de los instrumentos antiguos continúan siendo las más apreciadas. La de los Amati, por ejemplo; de ahí que el precio de esos instrumentos llegue hoy día a cifras astronómicas. Violines históricos y en plena forma ofrecen la sonoridad más bella que un instrumento puede conseguir. Su particular sedosidad y pureza es sólo comparable a la de la voz humana, pero por el hecho de ser un sonido conseguido mediante un instrumento, es decir, mediante la fricción del arco y las cuerdas del instrumento, todavía resulta más mágico e irreal. En especial el registro agudo, donde las notas de la última octava, que pueden ser tan suevas como expresivas, llegan a un tono sobrenatural. Este milagro sonoro producido durante los siglos XVII y XVIII declina a partir del siglo XIX. A lo largo del siglo XX se han intentado imitar las cualidades sonoras de los viejos instrumentos, pero sin conseguir el resultado deseado. Tampoco han obtenido resultado los intentos de construirlos con materiales diferentes en cuanto a la madera, ni tampoco los construidos en

colaboración con ingenieros especializados en acústica. Los violinistas de renombre siguen interpretando sus Brahms y Tchaikowsky con sus Stradivari y Guarneri.

Es evidente que esta descripción sobre violines y la sensibilidad de su sonido es materia constante en mi trabajo como creador. Prácticamente todo el día estoy sumergido en estos refinamientos acústicos tan variados y diferentes que ofrecen, no solamente los instrumentos de cuerda, sino también todos aquellos que constituyen una orquesta. Últimamente he pasado casi diez meses inmerso en la composición de un concierto para violín y orquesta. Era un reto que hacía años tenía en la cabeza. Me he tenido que aplicar mucho con tal de conseguir el equilibrio entre el solista y la orquesta, ya que el violín, como quien dice, ha de volar, y debe de oírse claro y libre, sin sufrir ahogos por parte de la orquesta

Probablemente, la decisión de escribir este concierto es un contrapunto a cuestiones que, como expongo en este escrito, me atormentan desde hace tiempo. La situación es, en cierta manera, parecida a la que viví el año 1971, mientras escribía *Anna Frank, un símbolo* y, de forma casi paralela, componía el *Concerto grosso*. Una obra no tiene nada que ver con la otra, hasta el punto que podría pensarse que se trata de obras de compositores diferentes. Parecido a lo que ocurre entre el Concierto y la obra sobre la violencia que estoy acabando. No tiene nada de extraño. Mientras una composición la escribo para dar salida a aquello que me atormenta, la otra me sirve de terapia y me traslada a un ámbito lejano al sufrimiento. También la obra sinfónica *Vers l'infinit*, escrita entre 1982 y 1983 me sirvió de terapia en otro momento difícil. Caterina me sugirió leer *L'infinito*, de Giacomo Leopardi, y enseguida comprendí que debía inspirarme en aquel texto. Era perfecto. Tenía que describir con música los espacios interminables, los silencios sobrehumanos, la profundísima quietud... Tenía que viajar. En otro momento de mi producción, una obra alegre y despreocupada como el *Concertino para violín y cuerdas*, del año 1993, iniciaba una serie de partituras de carácter extrovertido: *Sonatina*, *4 Capricci*, los *Divertimenti*, la *Petita Suite para piano*... Obras de pura música, de estructura muy concreta y de carácter optimista. En aquellos momentos, de

rebote, la experiencia me proporcionó un hallazgo en referencia a la técnica de los instrumentos de arco. Con el fin de conseguir la máxima espontaneidad, opté por una técnica a la que llamé "natural", y que me permitía conseguir efectos virtuosísimos con el mínimo esfuerzo del ejecutante. Para mí representó el descubrimiento de una nueva manera que, en síntesis, no es otra que la de intentar salvar las dificultades en base a la economía de recursos y la suficiente sincronización entre la mano izquierda y el arco. Esta "nueva forma" la apliqué también en las tres piezas para viola *Sonata, Souvenir y Llegenda*, y también en el *Divertimento 2002* para pequeña orquesta.

Obviamente, la técnica instrumental, el hecho de tener en cuenta la escritura adecuada para cada instrumento, son básicas a la hora de escribir una composición, en la medida que facilitar el pentagrama del instrumentista hace también que el discurso de la obra evoluciones como una corriente de agua, y que la música siga su curso natural, como si de la vida se tratase. Esta es mi obsesión y, a medida que me hago mayor, la palabra matar me provoca cada vez más angustia. Porque matar significa segar una vida, que es el bien máspreciado que poseemos. Y, por tanto, es una desviación antinatural. Es destruir una organización perfectamente sincronizada y que hace sus funciones. Matar, las destruye, así como también destruye una inteligencia y una sensibilidad. Todos los seres vivos de este mundo ya vivimos un breve lapso de tiempo y, además, lo acortamos. ¿Con qué derecho?. Que los animales se coman entre ellos es ley natural. Desafortunadamente, la naturaleza es así. Pero el hombre, cuando se alimenta de carne de animal, sí que es consciente de destruir un ser vivo con características parecidas a él y que sufre con la muerte.

Un gobierno como el de Canadá merecería una multa ejemplar y una reprimenda por parte de los gobiernos de todo el mundo por la masacre que sus pescadores hacen con las focas, considerada la mayor carnicería del mundo en referencia a mamíferos marinos. Nadie se pronuncia, excepto Greenpeace y Sea Shepherd. Todo el mundo calla. Más de 300.000 simpáticos animales son aniquilados a golpe de estaca, como nuestros cerditos, destruyendo su cabeza, mientras el gobierno de Canadá se niega a cancelar el cruel y sistemático exterminio. Se calcula que desde 2003 han sido

sacrificados en este país 975.000 ejemplares, la inmensa mayoría de menos de tres meses de edad. Negocio para el estado y trabajo para los pescadores y la industria peletera. A callar toca. La aniquilación de focas es, año tras año, un material que ya resulta familiar en las televisiones. Más allá de la preocupación por el destino de estos animales, ocupa un lugar simplemente por el impacto visual que supone, que es lo que, en último término, decide su emisión.

No me olvido de las pobres ballenas perseguidas y masacradas en masa a lo largo de los tiempos. Estos grandes cetáceos aparecen con frecuencia en la superficie del mar con lo que se denomina catalepsia cetácea, una especie de sueño profundo que viene a ser como una muerte voluntaria. Un suicidio. Hoy día, países como Noruega o Japón siguen cazando estos gigantes marinos sin respetar el decreto del año 1896 que prohibía su captura.

A la muerte de estos grandes mamíferos sigue la de los grandes peces. Es conocido que cada vez hay menos a causa de la sobre pesca, y que flotas pesqueras industriales, mediante los llamados "súper rastreros" se han decidido a capturar especies muy pequeñas en alta mar y en aguas profundas. Las redes se anclan en el fondo marino, arrastrando todo lo que encuentran a su paso, incluyendo peces pequeños que no llegan a su peso y tamaño naturales. Se trata de una pesca pirata que no tienen en cuenta los ricos ecosistemas y la gran biodiversidad. Es un nuevo y gran peligro en aguas nunca exploradas.

Tampoco puedo pasar por alto la obtención del foie, que para los franceses es prácticamente patrimonio cultural. «Hígados de delicias» era el título del artículo de una empresa de la comarca de "l'Urgell", dedicada a la "cultura del foie". El artículo era todo un panegírico al propietario de aquella industria, que somete a los patos a un proceso lento, que debe llevarse a cabo con cuidado y paciencia durante semanas con el fin de obtener la máxima calidad del producto. La consideración del tiempo en que el ave es sometida a este suplicio no tiene cabida y entra en la categoría de ridiculez ante la consideración del placer que provoca ingerir un foie elaborado artesanalmente. El proceso consiste en hacer engullir maíz al animal mediante un tubo metálico

de unos 20-30 cm. de largo. El tubo se introduce por el pescuezo y llega hasta el estómago. Cuando el hígado del pato ha crecido el doble de lo normal, se considera que ha llegado a su volumen normal y se da por terminado el trabajo. El ave ya está a disposición de un cuchillo afilado que podrá fin a su tortura.

No hace falta comentar que su sufrimiento es escalofriante: ahogos, diarrea y, en muchos casos, perforación del cuello. El ave será víctima de una esteatosis hepática.

Todo lo que he escrito aquí sobre el tormento que sufren los animales destinados al consumo como alimento del hombre, lo he escrito, como he explicado al principio de este "resumen-pensamiento", con el fin de reflejar por escrito lo que yo pienso sobre este tema. Mi idea no es concienciar o sensibilizar a nadie, y mucho menos que el hombre se cuestione y reflexione sobre su brutalidad. De todas formas, debía hacerlo.

Sé que es un terreno sin solución, y que me lo tengo que sufrir yo solito. También sé que he cambiado, y que el desafortunado 2001 me ha llevado hasta un nuevo lugar de sensibilidad. He estado demasiado tiempo con los ojos cerrados.

El episodio de las vacas locas fue el toque de alarma. Las imágenes, que contemplé varias veces en televisión, o las fotos aparecidas en la prensa me hicieron pensar. Desde aquel momento empecé a profundizar en un problema que, a mi entender, nos atañe a todos. A medida que iba sabiendo más cosas, tanto leyendo como informándome y hablando con gente y amigos, me di cuenta de que a casi nadie le importaba si los animales sufrían más o menos. Lo que para mi era un problema de conciencia, para otros no lo era. Mi creencia de que era algo que nos tocaba de lleno a todos se fue desmontando poco a poco. El episodio conmocionó prácticamente a todos, pero la conmoción se eclipsó rápidamente. Era falsa, y la gente seguía comiendo carne prescindiendo de si se hacía lo que parecía debía hacerse: que los animales fuesen tratados tal y como la naturaleza los había creado, y que el acto del sacrificio fuese lo menos doloroso posible. Nada más lejos de todo esto. El

episodio sirvió para sacar a la luz que no se cumplía la ley, y así siguen las cosas. El hombre olvida lo que quiere, lo que le conviene. En este caso, con su normal y obtusa indiferencia.

No hacía falta profundizar demasiado para darme cuenta que la poca consideración moral que sufren los animales en nuestra cultura viene de lejos. Debo hacer un poco de historia. La actitud de los occidentales ante los animales se basa en dos tradiciones: el judaísmo y la antigua Grecia. En el cristianismo se funden ambas. En el libro del Génesis se dice que Dios creó a los animales salvajes y a los domésticos, y después creó al hombre a su imagen i semejanza con el fin de dominarlos. No obstante, mientras el hombre está en el edén, se alimenta de frutas, y sólo después del pecado original aparece el primer pastor, Abel, que ofrece en sacrificio a Dios a sus mejores animales. Después del Diluvio Universal, Dios bendijo y a Noé i a sus hijos y les dio oficialmente animales y plantas para que les sirviesen de alimento. En la antigua Grecia, hubo dos tendencias. La de Pitágoras y la de Aristóteles. El primero era vegetariano y quería respeto hacia los animales. Aristóteles, en cambio, aunque reconoce que el hombre es un animal, lo llama "animal racional», poniéndolo por encima de los otros, destinados a servirle de alimento y a satisfacerlo en todo tipo de necesidades.

Los criterios de Aristóteles prevalecieron por encima de los de Pitágoras. El pensamiento cristiano reunió la idea judaica y la griega, pero añadió otro elemento, que sólo el hombre, en toda la creación, posee un alma inmortal y la vida humana es sagrada. Esta teoría fue beneficiosa respecto a los humanos, pero relegó a los no humanos a un segundo término. En los primeros tiempos del cristianismo, algunos expresaron cierta preocupación por el trato hacia los animales; no obstante, el máximo representante de la filosofía católica de la Edad Media, Tomás de Aquino, reafirmó la idea de superioridad del hombre sobre los animales y su derecho a matarlos con el fin de satisfacer sus necesidades. En el renacimiento se volvió a formular la idea de los sofistas griegos de que "el hombre es la medida de todas las cosas". Así que, con pocas excepciones, la conducta hacia los animales fue la de siempre. Una posición dominante con más derechos que deberes. En el siglo XVII las cosas

empeoran. René Descartes, influenciado por las teorías mecanicistas y basándose en que los animales carecían de lenguaje articulado, afirmó que los animales inferiores eran puras máquinas carentes de alma y de conciencia, e incapaces de sentir placer o dolor. Esta teoría ha servido para justificar muchos y dolorosos experimentos con animales vivos.

La ilustración provocó las primeras reacciones contra aquella macabra moda. Voltaire puso de manifiesto con las disecciones de animales que estos tenían los mismos órganos sensoriales que el hombre y, por tanto, sentían dolor. Que aunque no razonasen o hablasen, podían sufrir. Comenzaron entonces, sobre todo en Francia e Inglaterra, movimientos que trataban de evitar el sufrimiento innecesario de los animales. Una verdadera revolución supuso la teoría de Darwin. En 1859 se publicó *El origen de las especies*, donde se apuntaba la posibilidad de que la evolución de una especie a otra podría aplicarse al hombre. Finalmente, en 1871 Darwin publicó *El origen del hombre*, donde se demostraba que el hombre no había sido creado a imagen y semejanza de Dios, sino que era el resultado de un largo proceso evolutivo. El descubrimiento del estrecho parentesco entre el hombre y los animales, especialmente con los primates, por un lado lo ha sensibilizados en referencia a estos y a otras especies en peligro de extinción. Pero no ha impedido que se continuase utilizando a los animales de granja como alimento. Es más, ha permitido la explotación industrial a causa de que estos animales son criados, en su mayoría, bajo condiciones deplorables. Completamente diferente es el pensamiento de tradición oriental. Para las grandes sabidurías, como las hinduistas, budistas, taoístas y confucionistas, la comprensión de la naturaleza no radica en la dialéctica centro-periférica, como pasa en el pensamiento occidental, sino que la naturaleza es un todo interconectado, donde todos los seres tienen su lugar y su correspondiente función. El ser humano no está considerado como el gran señor.

Creo que el hombre no debería olvidar que, en su origen, era un ser irracional. Y no parece darse cuenta de que él mismo se ha definido con las mismas palabras que definen a otros animales. Es decir "un ser vivo dotado de sensibilidad y movimiento voluntario". Que su vida obedezca a las mismas

cuatro funciones que todos los otros, además de sensibilidad, movimiento, reproducción y nutrición. Que su esquema corporal y de organización interna es similar al de cualquier vertebrado. Que es "una especie natural más", y que es también un animal. Todos somos hijos de la respiración y todos dormimos, bostezamos, pestañeamos, temblamos, lloramos, sentimos cosquillas... que su vida tiene un límite y que, una vez muerto, se pudre como todos. La descomposición de las sustancias orgánicas será igual de pestilente que la de cualquier animal-

La diferencia se encuentra en la inteligencia, que debería despertar su sensibilidad y hacer que pudiese ser capaz de ponerse en el lugar de los pobres animales, en lugar de pensar sólo en sí mismo. Que también nuestra carne puede ser comestible, y que poca gracia nos haría que otros seres superiores nos maltratasen sin escrúpulos y nos comiesen, tal y como hacemos nosotros con los pobres animales. Ser superior no implica tener derecho a abusar de los indefensos. Sensibilidad según para qué cosas no vale, y por eso cada vez creo menos en la honestidad de quien utiliza la sensibilidad a su conveniencia. Recuerdo desde hace tiempo un dicho secular: «Puedes querer a un ave volando, pero no cuando la están rustiendo». De la misma manera pienso en la ficción de las películas de Walt Disney, donde los animales hablan y se humanizan hasta enternecernos, cuando en realidad los transformamos en hamburguesas o salchichas. O en el ámbito humano, con el innegable nexo entre esteticismo y barbarie. Pienso en aquellos oficiales de las SS que, después de una jornada de carnicería humana, al volver a casa escuchaban música de Schubert o cuidaban flores en su jardín.

El escritor y periodista Llorenç Gomis, en su artículo «El ocaso de los animales», publicado en *La Vanguardia*, ya decía, en el año 1967, refiriéndose a los animales, que el mundo se les ha vuelto en contra, y que espanta nuestro propio exceso. Que incluso los grandes animales libres se acercan al hombre para morir. Se refería a la última ballena blanca vista en aguas del Rin, desaparecida repentinamente, y supuestamente atrapada por unos arpones.

A pesar de ello, nada cambiará. Toda mi preocupación seguirá siendo sólo mía. Hay demasiados intereses y poca sensibilidad para reflexionar sobre este tema, del que ni siquiera se habla en la nueva Constitución Europea. Leo el tratado y el respeto a los animales queda excluido. Se habla de dignidad, libertad, igualdad, solidaridad, ciudadanía y justicia. Nada sobre ellos. Son inferiores y no merecen su inclusión en unas normas inspiradas en la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa. No tiene alma y, por tantos, carecen de derechos.

Me pregunto qué peso tiene, entonces, la Declaración Universal sobre los Derechos de los Animales, que he nombrado en la página 23. Papel mojado, como también ha dicho. Papel mojado también para las iglesias que deberían actuar en este tema o, como mínimo, fomentar una ética en defensa de la vida. He acabado harto de escuchar por boca suya palabras de misericordia, piedad o compasión aplicadas solamente al ser humano. Es lamentable como pasan por alto la manera de pensar de uno de sus santos más entrañables, San Francisco de Asís. Él demostró una absoluta singularidad proyectando un sentimiento de fraternidad hacia los miembros de otras especies.

Me he centrado en esta segunda parte únicamente en el trato que reciben los animales que se utilizan como alimento, dejando a parte aquellos que se explotan o maltratan por otros motivos.

Un ejemplo vergonzoso tuvo lugar en los años 80 en Madrid. Ni más ni menos que en el Museo Reina Sofía. Se emitió un vídeo que pretendía ser una aportación artística. Era una filmación de casi una hora de un personaje catalán del cual ni siquiera pienso dignarme a nombrar. El vídeo, de una crudeza sin límites, consistía en matar una vaca a martillazos en la cabeza. Mientras todavía estaba viva se le clavaban puñales en el cuello y, al mismo tiempo, se llenaban unas copas con la sangre que manaba del animal.

La ONG Amnistía Animal denunció el vídeo y el Consejo de Críticos de Artes Audiovisuales difundió un comunicado apoyando la libertad creativa del artista.

Según ellos, gravar el sufrimiento y la muerte de un animal puede ser considerado como hecho artístico.

Otro ejemplo, este de carácter más secular, es el de nuestra corrida, ya que se trata de la fiesta considerada como más nacional de España. Y como tal, el gobierno de España, a través del Ministerio del Interior, hace una clara referencia a su aspecto cultural. La UNESCO, en cambio, la considera un acto de gran crueldad. La Declaración Universal deja claro que ningún animal ha de ser explotado por diversión del hombre ni sometido a actos crueles en espectáculos.

Siento una gran vergüenza por pertenecer a un país donde se violan estos derechos de la manera más sanguinaria. Diferentes canales de televisión se apuntan a retransmitir corridas con profusión de detalles y explicaciones de todo tipo. Una herida tras otra, con la sangra resbalando por el cuerpo del animal. Ese gritar a cada incisión, un sonido oscuro y grave. Rojo con fondo negro. Más rojo con fondo negro. Sangre por la boca en forma de vómitos. La imagen resulta muy televisiva. Hay que obtener el máximo realismo. Las patas flaquean, casi no aguantan el peso del cuerpo. Todo él se va debilitando, hasta la estocada final. El golpe triunfante en que la espada del matador lo atraviesa de arriba abajo. Después se carga como un saco. Humillado y destrozado. Todo ello en medio de músicas, vivas y olés. Algunos ejemplares todavía serán útiles. Su carne serán bien recibida en algún restaurante cerca del ruedo, donde lo aprovecharán para realizar un succulento estofado de toro.

A medida que pasan los años me doy cuenta de que el ser humano no se aparta de los códigos establecidos. La mayor parte de aquello que hace responde siempre al hecho de que siempre se ha hecho así, y casi nunca se cuestiona. Realiza los actos habituales sin pensar. Los excusa instintivamente, como un autómatas. Si hace daño o no, es secundario. Todo tiene que ir bien para él, y pobre de aquel a quien eche el ojo o a algo que le guste o de lo cual pueda sacar provecho.

VIOLENCIA DEL HOMBRE A LA MUJER

Bien. Entro en el último tema sobre la violencia que me preocupa. La violencia que recibe la mujer por parte del hombre. No podía ser otro. Esta me mortifica y me produce gran angustia e impotencia. ¿Qué hacer con una lacra social que parece haberse convertido en un hábito?. Es demasiado lo que está sucediendo y demasiado el mal que recibimos todos con esta brutalidad constante.

Me pregunto si en este tipo de comportamientos, a parte del componente individual de cada uno, también tiene alguna responsabilidad la sociedad en que vivimos. Que el clima de nuestra sociedad favorezca que, ciertos individuos, se comporten con esa agresividad y pierdan en control una y otra vez. A los psicólogos corresponde hacer esta valoración, pero, visto desde fuera, da la impresión de que la propagación constante de la violencia en cualquier ámbito contribuye a agravar el desequilibrio mental de los hombres. Celos, arrebatos pasionales y acaloradas discusiones no deberían llegar tan fácilmente a extremos tan bárbaros. Por otra parte, no hace falta pensar demasiado para darse cuenta de que en esta existencia el débil tiene todas las de perder. El pez grande se come al pequeño y, en el binomio hombre-mujer, no hay excepción. La violencia doméstica es, de entrada y en gran medida, un problema de fuerza bruta. La mujer no puede hacer frente a una situación de agresión y sucumbe a la corpulencia del hombre. La naturaleza los ha hecho así y, lamentablemente, esta diferencia física es una de las principales causas de esta fuente de desgracias, que posiblemente sólo la conciencia cívica sea capaz de parar. Que el ambiente externo ha contribuido, está fuera de dudas. Hay ejemplos que lo demuestran.

También hay otro factor muy importante y del que todos somos conscientes. Se trata de la justicia. Si esta, en lugar de la indiferencia y poca efectividad demostradas durante años, hubiese reaccionado desde hace tiempo de forma enérgica y justa, estoy segura que, hoy día, muchas mujeres muertas no lo estarían, y la cantidad de maltratados hubiese disminuido.

Jueces que se han comportado en muchos casos de forma insensible y muy injusta a la hora de valorar la gravedad de un maltrato o agresión saben perfectamente lo que puede sufrir una mujer maltratada y el miedo que debe pasar pensando que ese hecho puede volverse a producir. ¿Y qué decir de las ineficaces órdenes de alejamiento en que el agresor se acerca de nuevo a la víctima para golpearla o matarla?.

Un doble maltrato es el de la violación, ya que, además de la agresión sexual, la mujer puede sufrir golpes y heridas. En muchos juicios se da la paradoja de invertir lo papeles. A la mujer que pasa por momentos de angustia, humillación y sufrimiento psicológico, se le ponen en duda sus explicaciones. En cambio, el agresor, en muchos casos recibe un trato comprensivo y benevolente. Y cuando se produce la condena, esta no se cumple, alegando buena conducta del preso. De esta manera, un violador reconocido puede quedar en libertad antes de tiempo sin la garantía de que no vuelva a reincidir. Si en el capítulo anterior he comentado que la Declaración Universal de los Derechos de los Animales debería ser un texto difundido en colegios y que la juventud fuese concienciada de su existencia, también debería ser consciente de que la violencia machista, con un imparable goteo de víctimas mortales, debería eliminarse de la sociedad. Más que el Código Penal, creo que es más importante la educación, tanto en casa como en la escuela.

Ahora parece que hay más conciencia sobre este gran problema por parte del Gobierno, con las nuevas medidas de protección integral contra la violencia de género. Veremos los resultados, aunque de momento seguimos con lo de siempre.

Volviendo a nuestra sociedad como posible influencia de actos violentos y de conductas aberrantes como la de la violencia doméstica. No hace falta ser demasiado observadores para darnos cuenta de que vivimos con demasiada tensión. La paz, el sosiego y la quietud parecen ahora sinónimos de aburrimiento. La contemplación y el silencio han dejado de ser elementos necesarios. Aldous Huxley decía que el siglo XX se distinguía como la época del ruido. "Ruido físico, ruido mental y ruido de deseo". Uno de los focos de

tensión viene provocado por las discotecas, donde se propaga mayoritariamente una música, por llamarlo de alguna manera, hecha con una única intención: la de excitar.

Ensuciarse de ruidos y gritos sin sentido que, mezclados con alcohol o drogas contribuyen a alterar el espíritu. No todos los que las frecuentan son víctimas del mal de las discotecas, y no todos lo reciben de la peor manera. Pero sí que a una buena parte les afecta negativamente

Otro gran peligro, cada vez más alarmante, lo constituyen los videojuegos violentos, que se propagan y venden por millones en todo el mundo, incluso a niños.

Muchos de ellos contienen valores violentos, sexistas y racistas, donde el objetivo del jugador es matar, utilizando todo tipo de estrategias con armas de lo más variado y moderno.

También contribuyen las televisiones, que emiten de forma continuada un imparable repertorio cinematográfico norteamericano de violencia gratuita y efectista. Peleas, persecuciones, secuestros y asesinatos están presentes como cosa inherente a la vida cotidiana, cuando no debería ser así. Para mucha gente, y en especial la juventud, son películas de gran entretenimiento, ya que los efectos especiales son cada vez más atractivos. Se emiten a horas normales, y un niño, al llegar a la edad adulta, habrá visto centenares de actos violentos y asesinatos. También habrá visto otro impacto televisivo, este sobre la vida de los animales, con el acento puesto en la alimentación de los carnívoros, casi siempre felinos. Búsqueda, persecución y desgarrar. Recientemente, me aterrorizó como un cocodrilo hacía perder el equilibrio a una pobre cebra y en un instante ya la había capturados. El enorme cuerpo dentro de la boca, con las patas revoloteando desesperadas hacia arriba. Un río de sangre y hacia el agua. La filmación era de una gran profesionalidad.

Un punto y a parte tengo que hacer en referencia a los medios electrónicos, especialmente para Internet. Lo que debería ser una herramienta de acercamiento y contacto de la humanidad en el plano conversacional y constructivo se convierte, al mismo tiempo, en campo de vicio y terror. Pasatiempos violentos sirven para estremecer a cualquiera que se precie y, por desgracia, son muchas las personas que sienten fascinación por ellos. Unos, voluntariamente; otros, se sienten atrapados involuntariamente a pesar de su horror.

La violencia, esa violencia que circula como si nada, debería ser objeto de reflexión. Se debería poder parar todo aquello que pudiese generar más violencia en nuestra sociedad y, naturalmente, prohibir todo tipo de juegos infernales que son entretenimiento para la juventud y que favorecen una imaginación destructiva. La imaginación es una gran facultad que poseemos los humanos y que estimula la creatividad. Pero, cuidado, porque la creatividad puede ser positiva o negativa. La primera ha dado y da lugar a muchas aportaciones en todos los campos. Pero la segunda da lugar a la perversión sin límites, como liderar torturas lentas y refinadas, fabricar armas letales de alta tecnología y, en el plano psicológico, modificar la mentalidad de una persona hasta inducirla a realizar actos inimaginables.

Creo que queda claro que se deben perseguir y condenar las barbaridades difundidas por medios electrónicos. Se ha llegado demasiado lejos y se hace muy poco para combatir estos modelos de violencia terribles y aberrantes, tan lejanos y opuestos a la libertad, solidaridad y civismo.

He hablado de silencio y contemplación porque son elementos muy necesarios para mí. Debo componer y, por tanto, necesito un oído tranquilo que no perciba solamente aquello que quiero. Tengo que sentir mi respiración y los latidos de mi corazón de forma natural, es decir, pausada. Sólo así puedo concentrarme y sólo así entiendo el significado del tiempo. Hay que dejar que el tiempo siga su curso. Aunque puedo escribir notas rapidísimas dando sensación de velocidad, el tiempo debe seguir inexorable como el latido del corazón. Por más rápido que sea un fragmento musical, tiene que dar siempre la sensación de que

existe un control, que es, de hecho, aquello que la naturaleza nos ha dado: nuestra pulsación. Este ritmo interior debe relacionarse con el tiempo externo para que la música resulte natural. Son montones de horas diarias de trabajo que me obligan a dejar que el tiempo discurra sin ahogarlo, y que transcurra tal y como es, encontrar el «tempo giusto», como se llama en italiano musical. De otra forma no podría componer.

Es por este motivo que creo que la dinámica de la vida va en contra del tiempo. Este se pisa continuamente, lo que no deja de ser una forma (medio escondida) de violencia. Naturalmente, esta conducta nos repercute a todos en forma de reacciones precipitadas, con dependencia hacia las cosas que nos rodean y con un no cultivar la paz necesaria.

Mucha gente que no quiere sentirse atrapada por este fenómeno utiliza técnicas de relajación o se dedica a la práctica de técnicas orientales como el yoga o sus variantes. Se trata de conseguir reposo físico y mental. No faltan tampoco libros dedicados a la paz, la quietud, la reflexión y, sobre todo, aquellos que venden felicidad. A pesar de ello, mucha gente cae en depresiones o ansiedad, perturbaciones cada vez más generalizadas en nuestra sociedad.

Desde el momento en que nos despertamos y entramos en el mundo real, sentimos el impulso de satisfacer aquellas necesidades que el cuerpo nos pide. Pero también nos vemos obligados a cumplir con aquellas otras que el trabajo nos impone. Establecemos nuestro ritmo y no nos gustan demasiado las interferencias. Estamos enganchados en exceso a nosotros mismos y nos resulta muy difícil cambiar nuestro propio esquema. Es el egoísmo que nos domina. Y es desde hace poco que he constatado la gran utilidad –terapéutica– de sacar a pasear al perro. Menuda tontería. Pero no, no es ninguna tontería. Desde hace meses vive con nosotros en Sarriá Kin, un perro de Les Escaules. Ahora tengo que sacarlo a dar pequeños paseos de media hora tres veces al día. En la calle, es él quien manda. Debe hacer sus pipís unas cuantas veces y, naturalmente, también caca. Se trata de un ritual de sensaciones olorosas que ha de poder desarrollar con tranquilidad. Durante un kilómetro habrá un mínimo

de diez o doce pausas que, el animal, con la nariz más receptiva que nunca, inspecciona y huele durante unos segundos. De ninguna manera se le puede interrumpir y será él quien decidirá cuándo acaba la inspección mediante una de sus muchas levantadas de pata. Lo llevo atado con una correa, que se puede alargar a conveniencia y acompasa mi tiempo al suyo. Sobre todo, lo que importa es que con esta actividad he dejado de controlar su ritmo. En todo el trayecto debo parar cuando él quiere, y esperar todo el tiempo que necesite. Es su oportunidad. Mi responsabilidad es sacarlo a la calle y, naturalmente, devolverlo a casa. Pero durante el recorrido es él quien marcará el ritmo, y a mí sólo me toca caminar, pararme, retomar el paso..... una buena terapia que obliga a cambiar el pulso.

Otro ejemplo aparentemente inocente de la dinámica cotidiana que se nos impone lo tenemos en algunas emisiones de radio o televisión, que ofrecen noticias del día a todas horas. Durante las 24 horas emiten un cúmulo de informaciones que repiten de idéntica manera aquello que pasa en el mundo y en nuestro país, tanto si son noticias importantes como si están exentas de interés.

Informar por informar es una forma de matar el tiempo y convertir en robots a unos informadores que sería mejor dedicasen su tiempo a otras cosas.

Para mí es una especie de convulsión que acorta el tiempo y provoca, además, que el oyente desee, aunque de forma inconsciente, que pasen todavía más cosas.

La radio, y no hace falta decir también la prensa, se aprovechan de la situación de guerras, conflictos, odios y enfrentamientos políticos para intranquilizar al ciudadano y convertirlo en dependiente de su emisora o rotativo, con el objetivo de conseguir la máxima audiencia o el más alto nivel de ventas. Deben crear adicción.

Vivimos a golpe de titular de efecto. Sólo hay que fijarse en los que, cada día, aparecen en las portadas de los diarios, todos ellos sobre hechos turbulentos, catastróficos o polémicos. Rara vez aparece un titular sosegado, tranquilizador o positivamente estimulante. Pienso que este constante aluvión de noticias impactantes hacen más daño que otra cosa, porque muestran sólo una parte de la realidad. El sensacionalismo es prácticamente una norma, incluso en la prensa llamada seria.

Por otra parte, determinadas emisoras de radio se distinguen por sus tertulias políticas, donde un grupo de "opinadores" se pelean y emiten todo un cúmulo de verdades a medias (por no decir solemnes mentiras) que lo único que hacen es desinformar y crear crispación.

Vivimos una época de excitación. Debe haber acción, y por eso los espectáculos de masas son los que más atraen y, en consecuencia, también los más rentables. Hay también una relación directa entre la capacidad de atraer público y el espacio informativo que le dedican los diarios. En especial, los de deportes. En el caso de la música son la ópera y los conciertos sinfónicos los que más público atraen. La ópera, con nuevos ingredientes escenográficos, cuanto más provocativos, mejor.

La música de cámara es más aburrida y queda sólo para una minoría. Tres o cuatro instrumentos no producen el espectáculo de una orquesta de 80 o 90 músicos con un director que se las sabe todas. La gran sala sinfónica es como un grito. La sala de cámara no pasa de ser una reflexión.

Volviendo a la música relacionada con el tiempo. He dicho que era importante controlar el tiempo y dejar que siga su curso. No precipitarlo ni perder su pulso.

Existe, sin embargo, un tema muy importante que me gustaría comentar. Se trata del golpe fuerte y seco, lo que podría ser la máxima agresión al tiempo. Efectivamente, si al curso del tiempo se le infringe un golpe seco y fuerte, aparece rápidamente la alerta ¿Qué pasa? Si los golpes se repiten, la alerta se

transforma en miedo y debe hacerse algo. El tiempo, no obstante, sigue su camino.

Es evidente que los golpes secos y fuertes van estrechamente ligados a la violencia. Es más, son característica de la violencia y, por ello también forman parte como elemento de fuerza y expresión dentro de la música. A Beethoven le gustaban los golpes secos cuando estaba en tensión. En sus sinfonías abundan los golpes de ^{timbal} ~~tambores~~, tanto para reforzar la orquesta como para subrayar situaciones. Perturbaba el tiempo, pero en ningún caso lo agredía: la pulsión, el latido del corazón aumentan de intensidad, pero el discurso sigue con la misma inercia. Beethoven también se dio cuenta que los mismos golpes, emitidos de forma suave, conseguían un efecto muy diferente: un halo misterioso que, sin la mínima perturbación temporal, se integraba perfectamente en el melodismo de la orquesta. Y así nació su famoso Concierto para violín y orquesta en re mayor, obra por la cual, por su significado, necesito hablar ampliamente.

La Cúpula de San Pedro ha constituido, como he dicho al inicio del escrito, mi soporte moral, pero no tiene nada que ver con el mensaje que predicán los representantes de la iglesia en el interior de sus basílicas. Estos, una vez más, muestran su habilidad propagandística enseñando al mundo día tras día un Papa más muerto que vivo. A mi entender, una verdadera falta de caridad y respeto por parte de aquellos que deberían dar más ejemplo. Dejando a parte la figura central del Vaticano, que es el soporte moral de los feligreses, y volviendo a mi soporte moral, que es la cúpula, quisiera decir que esta, como elemento arquitectónico, me ha servido de contrapeso para lo que tenía que escribir, me ha ayudado a conservar la serenidad y, sobre todo, a creer que por encima de la violencia hay una fuerza positiva. Por otra parte, hace muchos años que Beethoven, a través de su Concierto para violín, me convenció de lo mismo, y diré que entre su obra y la cúpula de Michelangelo existe un paralelismo más que evidente: un trabajo simétrico y ordenado, belleza de líneas en perfecta armonía y el máximo equilibrio dentro del espacio con la clara intención de elevarse. En referencia al concierto, yo diría que es "El concierto

de la paz y el orden". Es una obra que para mi representa la cara más positiva de este mundo.

Pues bien, el Concierto para violín de Beethoven se inicia con cuatro suaves y misteriosos golpes de ~~tambor~~^{timbal}, separados entre sí, y a partir de los cuales se desarrollará el extenso «allegro ma non troppo». ¿Por qué el insólito inicio con cuatro golpes de ~~tambor~~^{timbal}? A mi entender, obedecen a una clara y simple razón. Estos cuatro golpes escritos precisamente para tambor provienen del latido del corazón. Y este latido se prolongará a lo largo de los más de veinte minutos que dura el movimiento.

Sobre esta base, ritmo y expresión caminarán paralelamente y fundiéndose con las ideas musicales. Beethoven mantiene el pulso de forma invariable. La forma de la sonata se trata magistralmente con unos temas de extrema sencillez que van y vienen mientras el violín solista se alza al registro agudo para cantar y extraer los sonidos más puros. Es una llamada al máximo refinamiento. El latido incansable, a veces suave, otras fuerte, o más fuerte si hace falta, encuadra los largos episodios dentro de una construcción sólida y harmónica. La máxima belleza está servida y el milagro del sonido se ha producido.

Beethoven sabía que sólo el violín le proporcionaría la espiritualidad que buscaba. Un contraste maravilloso lo provoca el «largo» que sigue. El latido desaparece y la música queda sumergida en la paz más absoluta. Casi no hay ritmo y la expresividad queda como suspendida. .

La contención es conmovedora. La orquesta, a veces, calla completamente. El violín no parece de este mundo. Evidentemente, emociona.

El «rondó» final establece de nuevo otro contraste. Este, lleno de vida, alegre con un tema pastoral que alternará con otro, simple y cantable. Todo muy alegre y optimista. Poco a poco Beethoven, mediante un juego de modulaciones de un impacto extraordinario, nos acerca a un final donde parece que la naturaleza irradie felicidad. Beethoven quiere acabar y acaba de forma triunfal . La alegría se acaba imponiendo y todo el concierto es una gran

meditación sobre la vida. Es habitual en Beethoven que, al final de muchas de sus obras, después de muchos contrastes emocionales, se decante por el optimismo o la esperanza. Parece querer indicar que, a pesar de toda su parte dramática y dura, vale la pena hacer un esfuerzo de superación. Es evidente que aquel que lo escucha con atención se siente trastornado, pero no precisamente alejado de este mundo. Beethoven recoge, y mucho, de la vida, y esta forma de recoger, y mucho, de la vida, lo traslada y conecta con su paraíso espiritual sin abandonar la cualidad de un hombre terrenal. He dicho que mientras elaboraba este escrito, he guardado un silencio total. Pero, justo en este punto de mi reflexión sobre el concierto he sentido la natural necesidad de volver a escucharlo. He pasado unas horas deliciosas con la interpretación de Yehudi Menuhin, posiblemente el violinista con más capacidad espiritual para interpretarlo.

Somos muchos los que sabemos que este concierto es capaz de dejar a cualquiera boquiabierto. Que transmite tanta belleza que ni el más pequeño pensamiento impuro se atreve a acercarse. Sin quererlo, Beethoven lo convierte en un ejemplo de moralidad. El mal ha dejado de existir. En cualquier caso, volverá cuando el concierto termine.

Tener la oportunidad de escucharlo es lo que una de las cosas que más valoro en esta vida. Cuando escucho los primeros compases del «largo» tan tierno que roza la ingenuidad. Cuando aparece el violín en el registro agudo, emitiendo sonidos de una fineza extrema, irreal. La suavidad y bellezas más etéreas en su límite. El violín se lamenta tímidamente. Murmura y parece que quiere suplicar. No se decide. Todo queda indeciso hasta la escala ascendente en sol mayor. Vendrá después su mensaje clave, el momento álgido de todo el concierto. Aparece la cuerda "re" con una melodía noble, serena, en perfecta colocación. Todo queda quieto y el tiempo parece detenido. La belleza más simple llega al corazón de todos. Debo hacer un esfuerzo para volver a la realidad después de escuchar esta obra. Tiene que pasar cierto tiempo. He mencionado Menuhin como intérprete especialmente dotado para esta obra. Y es que, además de tocar el violín, Menuhin ha sido durante toda su vida un ejemplo del compromiso personal en toda causa humanitaria que lo hiciese

sufrir. Ha intervenido en muchas de ellas y, ha conseguido con su influencia como artista, que llegasen a buen puerto. Su sonido, noble y puro, parece provenir más de su alma que del mismo instrumento. Convierte la música en un acto de reflexión, y es en la obra de Beethoven donde encuentra la más profunda simbiosis expresiva.

De ninguna manera he olvidado la violencia del hombre hacia la mujer. Debía hacer este giro para llegar, inevitablemente, al Concierto para violín de Beethoven, que es la aportación musical que conozco más opuesta a una de las mayores aberraciones que se producen en este mundo. Me estremece pensar que pueda haber una, dos, tres... puñaladas clavadas en el cuerpo de una mujer indefensa, al mismo tiempo este maravilloso Concierto para violín. Es la cara y la cruz de la misma moneda. Lo triste es que las puñaladas son reales, mientras que el concierto es sólo una esperanza, un sueño que aparece a través del sonido.

Estamos a mediados de marzo y doy por acabado el "resumen-pensamiento" que inicié en Roma el día 1 de noviembre. Me encuentro de nuevo en Barcelona, donde también tengo la suerte de contemplar piedra antigua. Desde hace años voy a menudo al Monasterio de Pedralbes, donde rectángulos de piedra, blanca en principio, han adquirido con el paso de los años toda una gama de fondos suaves entre marrones, grises y amarillos. Desde allí subo la escalinata que conduce directamente a la calle dedicada a Gaspar Cassadó, el gran violonchelista tan recordado y reconocido en todo el mundo y que, incomprensiblemente, lo ha sido tan poco en nuestro país. La Avenida se encuentra en medio de un espacio verde, y rodeada de muchas especies de árboles y plantas, como si estuviésemos en plena naturaleza. Es un lugar que invita a la reflexión y donde el "casi" silencio se ve interrumpido, solamente, por los pájaros, en especial por bandadas de cotorras que vuelan por los árboles alegres y chillonas. Un espacio que, sin duda, hubiese gustado al músico que tanta fascinación sentía por las flores y todo aquello que fuese vegetación. Me gustaría acabar el escrito recordando a Cassadó, que precisamente fue gran amigo y colaborador de Menuhin, y con el que realizó un famoso trío con piano. De este gran intérprete barcelonés conservo una foto donde aparece

tocando el violonchelo al aire libre, rodeado de una tribu sudafricana, donde pequeños y mayores, prácticamente desnudos, lo escuchaban atentamente.

Caterina se ha leído de nuevo y detenidamente el escrito y, como casi siempre, me ha dado la idea del título definitivo de la obra sinfónica que estoy acabando sobre el tema de la violencia. Precederá a *Poema dramático para orquesta* la palabra griega «Ybris».

Para acabar, ya en las primera páginas de la Cúpula especifico que el escrito estaba centrado sobre lo que para mí es la cara más agresiva de esta vida. Y así lo he hecho. También podría escribir otro texto con hechos positivos, explicando cosas que me gustan. Naturalmente que hay una gran parte positiva, empezando por el nacimiento del día, los árboles, el mar, las flores, el arte en general, el progreso científico bien entendido, el deporte, etc. Y sobre todo, ese voluntariado cada día en aumento, gente dispuesta a sacrificarse por otros.

Pero la cara negra es muy peligrosa. Siempre es debida a la acción del hombre que día a día, por los motivos que sea, ensucia un planeta cada día más estropeado, hasta el punto de que se llegue a un punto irreversible. La culpa no será precisamente de los animales.

Jordi Cervelló.